

Discreto Amor

*Lily
Gerda*



Discreto Amor

Por: Lily Cerda

Derecho de Autor

Discreto Amor © 2014 por Liliana Cerda

Todos los derechos reservados. Bajo las condiciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibido, sin autorización escrita de la autora y los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos del autor, Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o difundida, en ninguna forma o ningún medio, sin el permiso previo y por escrito del Autor.

Dedicatoria

A mi Dios que es la muestra viva de un amor discreto, su amor que llena toda la vida y llega cuando menos lo esperamos, es tan simple y tan real que cambia vida.

A mi madre Dña. Inocencia por su Amor incondicional y sacrificial, por su ejemplo de mujer virtuosa y por enseñarme amar a Dios sobre todas las cosas. La amo madre mía.

No puedo dejar a mi Esposo, Christian Cerda, ya que su Amor ha sido Inadvertido e Inesperado para mí, y no dejaré de dar gracias a Dios por su llegada.

Os querré siempre y para siempre.

L.C

Tabla de contenido

DISCRETO AMOR

DERECHO DE AUTOR

DEDICATORIA

SINOPSIS

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Fin

Sinopsis

Lord James Hamilton es el séptimo Duque de Rodhersay, Márquez de Burleg, y Conde de Glasgow.

Es el caballero más codiciado por las damas de la alta sociedad de todo el Reino Unido, en las galas sólo se cotillea sobre su fortuna, y su apremiante ascendencia al trono, si el actual Rey no concibe un heredero.

El actuar Duque es caballero elegante y distinguido, aunque es enigmático, misterioso y reservado. Lord James era un caballero rigurosamente educado, con todas las normas y reglamentos de la nobleza, de forma tal, que las emociones, y deseos no lo dominaban, hasta que una joven dama se tropieza en su camino, haciendo que la cordura y la prudencia del caballero sean derribadas.

Lady Annabel Scott, es una joven de una singular belleza, es criada entre las paredes de la mansión de su padre de Wellington, alejada de la alta sociedad, y cuando su caballo la lleva sin rumbo, la providencia divina hace que conozca a un caballero que ella no sabía quien era, ya que la muchacha carecía de mundanalidad ya que estaba criada, entre cuatro paredes.

Entre ellos surge, un discreto amor, que ninguno estaba esperando, no obstante este era profundo, más la diferencia, hacía que esa emoción fuera inalcanzable.

Estas diferencias hacen que renazca una historia de Amor.

Capítulo I

1746 Wellingtone Inglaterra.

Una noche fría de invierno, el Conde de Wellingtone, miraba por su balcón, él siempre permanecía estacionado en las noches así, pues le recordaba su vida pasada, cuando una madrugada inclemente había pasado aquello que lo había dejado solo y triste. En ese instante comenzó a recordar:

A la edad de veinte años, sus padres buscaron para enlazarlo a una dama hermosa, hija de un Vizconde Inglés llamada Lady Emily Dorset, al principio que la conoció se dio cuenta que la dama era la más atractiva que había conocido, tenía una mirada que alumbraba todo por donde pasaba, siempre estaba sonriendo y muy alegre. Al ser hija única estaba educada para ser la más dócil y encantadora consorte, después de unidos los dos se dieron cuenta que estaban hecho el uno para el otro. Fueron a vivir al Mansión de Cawthor.

La zona era hermosa con muchos árboles, con una llanura impresionante, y en el centro una elevación donde fue construido la mansión, las estaciones del año se vivían con todo su esplendor, en invierno caía densa nieve, pero en verano se llenaba de alegría con los diferentes colores de la naturaleza.

A la Condesa le encantaba hacer fiestas e invitaba a todos los nobles del contorno, él por su parte, estaba feliz con ella, dejaba que su dama hiciera celebraciones y organizará eventos; En aquel tiempo pasaban los años y ella no le daba heredero, entonces él alentaba a su Condesa para que participara en

diferentes actividades, para que no le diera lugar a cavilar en ello. Una de esas actividades era de beneficencia, y consistía que en los días de invierno, reunían alimento y frazadas para enviarlos a los pobres, ese día veinte y dos de Diciembre ella insistió en llevar la ayuda ella misma, él para no hacerla sentir mal, la dejó ir con unos lacayos y dos doncellas.

Lady Wellingtone tenía por costumbre esperar en el balcón su regreso, para así verlo llegar y correr escalera abajo a su encuentro y la figura de la dama parecía como si volara, hasta que se perdía entre sus brazos, una sonrisa nostálgica apareció en el rostro cansado del caballero, y sus pensamientos se marcharon sin su permiso a ese momento, donde perdió a su amada, sin poder estar presente para cuidarla, el Conde recordaba ese fatídico día, como si fuera ayer:

Un carruaje se aproximaba a la mansión pero no era el carruaje de la Condesa, en aquel tiempo, se escuchó una exclamación, y cuando el Conde llegó al pie de la escaleras, su mayordomo le indicó:

—Mi Lord la Condesa....

— ¿Qué le ocurre?

— Señor...

El Conde no quería escuchar la noticia, así que sin dejar hablar al mayordomo, salió en busca de su amada, pero al llegar a las caballerizas se desplomó, pues él había escuchado todo.

El carruaje de ella había sufrido un accidente y se había derrocado por uno de los precipicios del camino, ella y sus doncellas estaban sin vida.

A partir ese día, el Conde no volvió más a sonreír, se decía que se había quedado sin alma.

De ese lamentable suceso, habían transcurrido mucho tiempo y para ese momento se cumplía diez años de toda aquella tragedia.

Cada veintidós de Diciembre, el Conde de Wellington se paraba en el balcón del enfrente del palacio, recordando aquella fatídica noche. De pronto, escuchó el galope de unos caballos, era un carruaje que se aproximaba a la puerta principal, el Conde despertó de sus ensimismamiento o reflexiones y corrió escalera abajo, para abrir el enorme portón, al hacerlo encontró una pequeña carriola, cuando se retiraba cautelosamente hacia atrás, escuchó los sollozos de un bebé que provenía del taburete, al abrirla, encontró una criatura, su piel estaba roja por el frío, y llorando a todo pulmón.

El Conde automáticamente entró la carriola colocándola a un lado y cerró la puerta, en aquel instante, su mayordomo y caballero de confianza, el señor Duban estaba a su lado:

— Mi Lord es una niña —, dijo Duban echando un vistazo dentro de la carriola.

— Sí Duban, es una niña y observa a su lado, hay una carta.

El Conde tomó la carta y posteriormente de leer unas cuantas líneas, la entró en su chaqueta, Duban encontró otra nota.

— Eche un vistazo Mi Lord, aquí hay otra.

La cual estaba abierta y decía:

Aquí llegó su Felicidad Inesperada, Conde de Wellington.

— ¿Mi Lord que haremos con la pequeña?

El Conde se quedó callado mirando la infanta y expresó:

— Ella se quedará con nosotros Duban, ella es mi hija.

El señor Duban no preguntó, tomó la niña y la aproximó a la chimenea, está cuando sintió el calor del fuego, comenzó a sonreír.

Así fue como el Conde de Wellington declaró a la pequeña, le puso el nombre Lady Annabel Scott, aunque dentro de él sabía que eso no le garantiza

ningún futuro.

Todos quedaron impactados con el cambio que el caballero dio luego que la pequeña llegara a su vida, era más alegre, pasaba tiempo jugando con la niña. En la mansión se volvieron a escuchar risas, y el ánimo del Conde cada día mejoraba más.

Él envió a buscar doncellas e institutrices que educaran a Lady Annabel Scott de Wellington desde una edad muy temprana.

Un día el Conde, mirando jugar a Lady Annabel Scott en el jardín, le había dicho a Duban:

— Sabes Duban, después de Dios, esa pequeña cambió mi forma de apreciar la vida.

— No sólo la suya Mi Lord, sino la de todos los que vivimos en la mansión.

El Conde respiró profundamente y expresó:

— Annabel en realidad trajo mi felicidad y fue Inesperada.

Los años transcurrieron, ya era el dos de Octubre de 1759, y el Conde estaba muy entusiasmado buscando un regalo para Annabel, ya que en muy pronto cumpliría sus veinte años.

— Señor Duban necesito que cuides de Annabel, tengo que resolver unos asuntos que conoces, y estaré ausente por dos semanas, si algo surge incorrectamente le envió a indicar que debe hacer.

— Sí Mi Lord, estaré al pendiente de Lady Annabel Scott.

— Por favor, envía a buscar a Annabel.

La joven entro sonriendo a la estancia:

El Conde advirtió, como su hija se había convertido en una hermosa Dama y le explicó:

— Annabel me ausentaré por un par de semanas, voy a visitar a un viejo amigo, y de paso traigo su presente.

Annabel miró a su padre y le comentó:

— No se preocupe padre de traerme algún obsequio, usted ha sido el mejor que he podido tener —, y abrazó a su padre.

—Gracias mi princesa, pero voy a insistir, aparte de pronto será su cumpleaños y quiero darle el mejor regalo del mundo, que es su seguridad.

Annabel no dijo nada, pero no comprendió lo de su seguridad, pues su padre le había dado más de lo que quisiera o imaginara.

El Conde se marchó esa misma tarde, porque tenía que hablar con su amigo el Conde de Burleg, para informarle que su hija era descendiente legítima de una relación entre Lady Ana Butler y él.

En su carruaje y de camino a su destino, el Conde rememoró lo sucedido:

Lady Ana Butler había dejado a la bebé en las puertas de su mansión, inmediatamente de haber dado a luz, temiendo porque su hermano rechazara la criatura, y por la vida de la pequeña en manos de su esposo o de su familia del noble, así mismo no lo enfrentó a él por vergüenza, dejándole unas cartas explicando su proceder.

Recordó que él había tenido un pequeño romance con la dama antes de conocer su Condesa, posteriormente de contraer nupcias eso había quedado atrás, hasta que un reencuentro inesperado los unió.

Capítulo II

Lady Ana Butler era una dama Inglesa, no obstante educada en América, eso la hacía una joven demasiado independiente para su edad, la dama desde pequeña siempre visitaba esas tierras, pero al retornar siendo una hermosa joven todo cambió.

Las visitas se hicieron cada vez más frecuente, ya que los Burleg tenían una residencia campestre, adyacente a la mansión de Wellingtone, y en ella se pasaban haciendo reuniones de caza, después de terminada la temporada en Londres, en varias ocasiones cuando era joven, él se había encontrado con ella, en una cabaña que él la utilizaba para escaparse de sus padres de vez en cuando, pero el Conde a sus veintidós años, conoció que se enlazaría y nunca más volvió aquella cabaña, y tampoco a ver a Lady Ana Butler.

Nueve años después, de la muerte de su esposa, en un verano, retornó a la cabaña y para sorpresa del destino, la encontró allí, ella estaba desconsolada llorando, porque sus padres la enlazaban con un caballero mucho más viejo que ella, aunque con un preciado título de Duque, ellos desahogaron su dolor, él por sentirse sólo, ella por su oscuro futuro en manos de un longevo.

Posteriormente, cada cual tomó su destino.

De ese encuentro nació Annabel.

Lady Ana Butler le informaba en la carta, que la cuidara, porque ella no podía, pues estaba atada, asimismo, no podía decir que la criatura era de su

esposo, pues ella se había comprometido fecundada. Que por favor le hablara a la niña de ella, cuando cumpliera la mayoría de edad, y que la buscara a ella o a su hermano, ya que para ese entonces, su esposo estaría muerto. Y ahora era tiempo de hablar con el hermano de Lady Ana Butler, ya que su hija pronto cumpliría el tiempo que la dama estipuló en la carta.

El Conde de Wellingtone sabía que aun dándole todo su dinero y su apellido a Annabel, no la ayudarían a obtener un buen esposo en esa sociedad que sólo viven juzgando.

Cuando el Conde entró en la Mansión de Costike en Oxford Inglaterra, su amigo lo recibió con mucho cariño:

— Que sorpresa mi buen amigo, tanto tiempo, ya estamos unos antediluvianos.

— Sí, parece que el tiempo no pasa sin dejar sus vestigios.

— El tiempo y los achaques.

— jajaja —. El Conde sonrió a carcajadas —. Sabes amigo comparezco ante usted, para hablarle de algo muy serio.

— Si se trata de la criatura que tuvo mi hermana —. Hizo una pausa —. Ya lo sé.

El Conde abrió los ojos turbado.

— No quise ir hablar de ello a Wellingtone, pues mi hermana hace unos años que palmó, antes me hizo prometer que esperara su visita. Para mi fue una sorpresa saber que ella tenía una heredera, y que además era hija de usted. Permanecí unos días inquieto porque deseaba saber de la joven dama, pero mi promesa me hizo esperar. Cuando recibí su carta, que ambicionaban hablar de algo muy serio del pasado, supe que era de este asunto —. Hizo una pausa, sacando un montón de papeles continuó —. Todas las propiedades y dinero que estaba a su nombre, entregaran a su hija.

— Eso quiere decir: ¿Que ustedes conocían sobre la existencia de Annabel?

— En realidad no todos, ya que su esposo y ella sólo consumaron su matrimonio, y nunca más volvieron, ya sabes, por otra parte, ella me comentó que estaba fecundada antes de desposarse. Fue muy sencillo para ella ocultar su estado, pues se fue para la residencia de campo cerca de su mansión, y estuvo allí hasta que alumbró. A su esposo no le importaba que ella se marchara por tanto tiempo, pues sólo pasaba en sitios de apuestas y burdeles, para él fue un alivio que ella se marchara —, hizo una pausa, respiró como cansado y continuó —. Mis padres se formaron a la idea que eso nunca pasó, ellos hicieron que mi hermana no volviera a buscar a su hija, y seguidamente de que su esposo murió de una fiebre mala, al poco tiempo murió ella de la misma condición —, hizo una larga pausa —. Mi hermana antes de morir envió a buscarme, y me explicó plenamente de todo lo ocurrido, para que hiciera su voluntad, para que su hija heredara todo lo que le pertenecía.

— ¡Qué triste!

Se formó otro silencio, hasta que el otro caballero preguntó:

— ¿Cómo se llama la dama?

— Se llama Annabel.

— Qué bello nombre, es similar al nombre de nuestra abuela.

— Ella lo dejó escrito en las notas que llevaba Annabel.

— Ella siempre quiso mucho a nuestra abuela.

— Ahora ¿qué podemos hacer para que Annabel sea legítima hija de Lady Burleg?

— Estos son todos los registros que demuestran que su hija es hija de mi hermana. Además, todas las tierras y títulos de propiedades les pertenecen.

— Gracias amigo, ahora me marcho, tengo muchas cosas que ordenar, y debo consultar a mis abogados, pero antes ¿Quisiera saber si tiene usted algún

cuadro de Lady Ana Butler?

— Sí, pero previo a que se marche, ¿Me gustaría saber..., si puedo conocer y visitar mi sobrina?

—Claro amigo, cuando guste.

Y dicho eso, el Conde prosiguió a Londres, para poner todo los papeles en orden.

Lady Annabel aquella tarde, aunque gris, decidió cabalgaba por el campo, que le encantaba, de esa forma se olvidaba de todo y en el momento que subió a su yegua, divisó a su nana que se acercaba a las caballerizas, así que atizonó la rienda y el animal cabalgó a toda velocidad, escapando de su nana, ya que de seguro le pondría algún pretexto para que no saliera, cabalgó hacia el bosque, para así dirigirse a unas ruinas de una villa deshabitada.

Al transcurrir el tiempo, fue cuando advirtió que se hacia tarde. Si se trezava para tomar el té, recibiría una tremente regañada. Condujo a su yegua de regreso lo más rápido que pudo, el se susto se lo llevó ella, al darse cuenta que el caballo no paraba, e iba a todo galope desenfrenado, ella agarró las cuerda con fuerza para evitar caerse, pues la yegua avanzaba a toda velocidad en dirección contraria a la mansión, ella asustada imploraba a Dios que se detuviera, pero el caballo no aminoraba su marcha, pasó un buen tiempo hasta que el caballo se detuvo agotado.

Lady Annabel con nerviosismo pudo bajar, con su corazón latiendo fuerte y sus piernas temblorosas.

—! Oh que susto! Especuló que nunca pararías —. Y miró el caballo recostarse y fue cuando ella pudo ver la pierna del caballo que algo lo había mordido.

—Lo siento —. Le dijo con voz agitada.

Más de repente, le asaltó un pánico, al darse cuenta, que no sabía dónde estaba. Echo un vistazo para todos lados y no reconocía nada a su alrededor, y al caerle copos de nieve, contempló el cielo y se asustó más, al sentir la nieve que comenzaba a caer con más fuerza.

Escuchó el salpiqueo de las ramas secas y de repente, le salió al frente un caballero, sentado en un imponente caballo blanco, él sin más indicó:

— Saludos señorita.

El caballero se desmontó del corcel e hizo una cortesía con el sombrero en la mano, de manera imperceptible, pero al darse cuenta que la joven dama no lo escuchó, volvió a decirlo y fue que la muchacha reaccionó.

Cuando habló el caballero, ella sintió que el tono grave de voz, le enviaba placenteras vibraciones por la espina dorsal y respondió cuando él por segunda vez habló:

— Saludos señor.

Ella también formó una impecable reverencia.

El caballero visiblemente preocupado preguntó, mirando en su alrededor preguntó:

—Está cabalgando sólo.

—Sí, señor.

—¿Cómo es posible que una dama esté por estos senderos sola, sin una dama de compañía?

Su pregunta fue retórica y demandante, Lady Anabel en forma de disculpa indicó:

—Señor es que mi caballo corrió sin rumbo, pues al parecer algo lo picó y cabalgó sin dirección por un largo tiempo, y en verdad señor, no sé dónde

estoy.

En ese instante aparecieron dos lacayos, el caballero indicó con brusquedad que atendieran al caballo, y con la misma firmeza se giró hacia ella.

La muchacha dio un paso hacia atrás, viviblemente asustada por la reacción de caballero.

Lord James Hamilton al ver el miedo en el rostro de la muchacha indicó: —No pretendía asustarla señorita, permítame presentarme—. He hizo una pausa como cavilando antes de decir—. El Duque de Rothersay, James Hamilton, para servirle.

Lady Annabel se preguntó como ese caballero podía poseer tal firmeza en la voz y a la vez poseer una suavidad en su trato con ella, se inclinó y expresó:

— Su excelencia, soy, es decir, una servidora es —, rebuscó sus palabras antes de expresar —. Lady Annabel Scott.

El Duque contempló su alrededor y la joven aprovechó para observar al caballero que era alto, fuerte y distinguido, con un porte de aristócrata, con apariencia fina y elegante.

— En tal caso mi lady, deduzco que es usted la hija del Conde de Wellington, más permítame informarle que la propiedad de su familia está a una distancia prudente, será preferible que venga conmigo.

Divisó a los lacayos que en ese momento estaban entablillando la pata al caballo de la muchacha y explicó:

— Es evidente que no podrá cabalgar en esa yegua.

— Pero tengo que regresar, su excelencia, mi nana, es decir mi dama de compañía debe estar buscándome.

— En ese caso la llevaré, aunque sospecho que con esta nieve llegaremos helados.

La voz de él se volvió más profunda al hacer una mueca de sonrisa.
Lady Annabel divisó como se le hacían dos hoyuelos en la barbilla.

— No se burle su excelencia, deseo llegar para decirles que me encuentro bien.

— En tal caso, no se preocupe, enviaré a uno de los lacayos para que lleve un mensaje a los suyos.

Así lo hizo, envió a uno de los lacayos a la mansión del Conde, mientras, el otro se llevaba la yegua de la dama, a paso lento.

El Duque sin más indicó:

—La nieve cae con más intensidad, será mejor que marchemos.

El Duque ayudó a Lady Annabel a subir a su montura con tal facilidad que parecía que era una pluma, a continuación, se colocó a su lado, cuando iban a pocos metros comenzó a nevar más fuerte, él tomó su capa y la cubrió también a ella para que no se mojara.

Lady Anabel sentía su cálida respiración en el cuello, el pulso se le aceleró aún más cuando la mano del caballero con sutileza la abrazó por la cintura.

Cuando llegaron, él se desmontó, ella sintió el frío de las temperaturas y a la vez una desganes a la hora de soltarla.

Al llegar al frente del castillo y ver Lady Anabel la enorme edificación no pudo disimilar su asombro, se dijo que era la mansión más hermosa que había visto sus ojos, la entrada aun los árboles si hojas se veía impresionante.

En frente de la entrada principal, el Duque ayudó a Lady Annabel a desmontar del caballo, cuatro lacayos salieron de inmediato, llevándose el caballo, mientras el caballerosamente la escoltó dentro, a un salón de recibimiento y le comentó:

— Será mejor que se caliente en esa chimenea, regresaré enseguida.

—Por favor excelencia, no se olvide de mí corcel.

—Creo que su yegua debe estar entrando en estos momentos a la caballerizas.

Diciendo esto, se alejó con pasos alargados.

Lady Annabel se aproximó a la impresionante chimenea y comenzó a estornudar, pero eso no impidió que se asombrara de lo grande del castillo y de su preciosidad.

Ese recibidor era con lujosos suelos de mármol de estilo Royal, con brillantes columnas de mármol blanco y topes dorados, tapices preciosísimos, el techo, poseía dos pisos de altura, con revestimiento de plata y oro, colgaban de él, inmensas arañas de cristal que iluminaban la estancia reflejando la luz de afuera en una cantidad asombrosa de cristales.

Un instante después, se escucharon pasos apareciendo una vez más el.

Era demasiado tarde cuando Lady Anabel se dio cuenta de lo poco correcta que era aquella situación.

El Duque sin más indicó:

— Es preferible señorita que permanezca esta noche con nosotros, pues hay una enérgica tormenta de nieve y tal parece que no se detendrá por ahora, ya envíe a notificar que es usted nuestra huésped.

—Gracias excelencia, más no creo prudente permaneces en su castillo sin una dama de compañía.

—Le ruego que me disculpe por no ser un anfitrión demasiado correcto, ya que usted posee toda la razón, voy a remediar el asunto de inmediato.

El Duque caminó a un lado de la chimenea y tocó una campanilla y

apareció una pareja de señores mayores.

—Señor Tóner, Lady Annabel Scott permanecerá con nosotros esta noche, llévela a su recámara —, dicho esto, el anciano sin decir más, se inclinó y franqueó el paso a la joven.

Ella antes de salir formó una reverencia y caminó detrás del anciano.

El Duque continuó dando órdenes:

— Señora Marlene busque unos vestidos de la —. Hizo una pequeña pausa y no terminó la oración —, de la dama de este castillo, que le puedan servir a Lady Annabel Scott, y lléveselo.

— Sí, su excelencia.

— Asimismo, explíqueme a la señora Marcy que necesitaré que haga de dama de compañía de Lady Annabel Scott y al mismo tiempo, facilítele una doncella, preferiblemente discreta.

— Sí, su excelencia.

—Puede retirarse.

**

Lady Annabel persiguió al anciano, al caminar detrás se quedó mirando el decorado por donde pasaban, que era muy hermoso y ostentoso.

Todo el castillo estaba decorado con diferentes tonalidades de colores, antes de subir por las escaleras, observó una enorme mesa dorada, con un voluptuoso jarrón de flores, de los altos ventanales descendían grandes cortinajes rojos, que bajaban a modo de cascada, desde la parte superior, dos escaleras suntuosas estaban a cada lado y caían con toda majestuosidad, haciendo una forma de corazón, la cual tenían unos barandales de hierro pintados de color dorado, y situadas a cada lado de los enormes ventanales, ella se quedó impresionada con la arquitectura, pero más con la decoración.

Ascendieron por una de las escaleras a la parte superior donde el anciano giró hacia un pasillo y abriendo la puerta, el anciano mayordomo la escoltó a su recámara.

Ella expresó con asombro al entrar:

— ¡Todo es precioso! Parece la habitación de una Princesa.

El anciano no expresó nada, se inclinó y se encaminó a la puerta cerrándola tras de sí.

Lady Annabel estaba admirada de tanta elegancia y belleza en esa cámara, era muy hermosa, grande y ventilada, decorada en dorado, rosa, con las paredes blancas artesonadas. Las ventanas sostenían vaporosas cortinas de encaje de Bruselas del mismo color del decorado, los sillones Ingleses estaban cubiertos por tapices gobelinos. La cama era amplísima, estaba labrado en su espaldar una corona, haciendo juego con el inmenso armario situado al frente de un espejo parado que parecía un panel, contempló la chimenea en dorado.

Escuchó que alguien daba unos toques y después la puerta se abrió, ingresó una señora mayor, cargando unos vestidos en las manos.

— Mi Lady estos son algunos vestidos —, la anciana hizo una pausa —, de seguro que le servirán —, formó otra pausa —, más tarde vendrá la señora Marcy que será su dama de compañía y otra muchacha que será su doncella, le señalaré que ella no articula palabras, pero escucha, además es muy eficiente.

La ama de llaves colocó los vestidos en el armario y prosiguió diciendo:

—El Duque la esperará para cenar a las siete.

La ama de llaves salió de la estancia, sin pronunciar más palabras, formó una reverencia y se marchó.

Lady Annabel Scott estaba muy cansada, así que se recostó en la cama, esta se hundió como si fuera elaborada de plumas. Annabel comenzó a memorizar a ver si podía recordar de dónde había visto aquel rostro, pero no recordaba, parecía que el Duque de Rodhersay, era muy Joven para ser Duque, y no terminó sus cavilaciones, ya que se quedó dormitando.

Alguien tocó a la puerta, Lady Annabel estaba desperezándose, observó a una joven entrar a la habitación, llenó su bañera con agua caliente, ella supo que era la doncella que le enviaron.

Se dispuso a tomar un merecido baño, y luego la doncella la ayudó a ponerse uno de los vestido que había traído el ama de llaves, para su sorpresa, el vestido le quedó a su medida.

Más tarde, tocaron otra vez a la puerta, apareció una dama de edad avanzada, muy bien vestida.

— Saludo Mi Lady —, formó una reverencia —, soy la señora Marcy y seré su dama de compañía, mientras esté en el Castillo.

— Muchas gracias señora, mi nombre es Lady Annabel Scott.

— Un placer Lady Annabel Scott.

— Por favor, llámame Annabel.

— Podré llamarle de ese modo mi Lady, únicamente cuando estamos a solas.

— Sí, señora Marcy.

La doncella le indicó que se sentara, y le elaboró un peinado hermoso, Annabel la miró como queriendo saber ¿De dónde había aprendido?, pero esta sólo le sonreía.

Entonces la Señora Marcy al ver el rostro de asombro de Lady Annabel Scott, le instruyó:

— Ella tiene muchas destrezas, en lo que a peinados y arreglos florales se refiere.

— Sí ya veo señora Marcy, está espectacular el peinado.

— Y a usted le queda muy bien.

— Gracias Señora Marcy —. Annabel le sonrió.

Las dos damas descendieron juntas a cenar.

Lady Annabel divisó al anciano mayordomo, que las estaba esperando para conducir las a donde estaba el Duque.

— Buenas noches.

Expresó Annabel al entrar a la estancia, formando una reverencia, el Duque se giró para mirarla.

— Buenas noches —. Articuló su dama de compañía.

Lord James Rodhersay la contempló incrédulo, al ver que en realidad no había estado soñando. Él se quedó sin palabras al observar, ella estaba sublime, parecía como si la noche oscura se había posado en su negra cabellera, si la nieve jugará con su piel tan blanca, y si el inmenso cielo se refleja en sus ojos azules, más aquel vestido creaba la ilusión que flotara en las nubes.

Él interrumpió bruscamente sus pensamientos y le expresó:

— Buenas Noches, Lady Annabel Scott, señora Marcy —. Formó una reverencia y continuó —. Lady Annabel Scott, le participo que recibieron el mensaje y además le enviaron esta carta.

— Es usted muy amable, su excelencia —. Expresó Annabel, mirando como él se aproximaba.

Él extendió la carta y ella la guardó en el bolsillo de su falda.

El Duque la tomó por el codo y la escoltó al pequeño comedor.

Lady Annabel sintió como se le tensaban todos sus músculos, y escuchaba como le latía el corazón a toda velocidad, con el simple toque de

las manos del caballero.

— Me siento más cómodo al comer aquí, es un lugar mucho más acogedor, espero no se moleste.

— Al contrario, es muy hermoso, y todo el Castillo posee una decoración exquisita, digno de un Rey. —, se puso la mano en sus labios y rápidamente expresó a modo de disculpa —. Perdón, su excelencia, es que este castillo es muy sorprendente y extraordinaria —, Annabel puso sus manos en la boca, una vez más e indicó —. Perdón.

— E Duque sonrió, por primera vez, al advertir la sinceridad de aquella dama —. No se disculpe, a la razón diría que está hecho para usted; Ya que fue especialmente diseñado para dama de la realeza, este castillo fue donde mis padres residieron posteriormente de estar enlazados y él envió a decorarlo para la Reina de su corazón.

Lady Annabel se sonrojó, sin saber qué responder, a tan atrevido alago, así que, tomó un sorbo de vino.

Para suavizar sus palabras, el Duque le indicó:

— La Señora Marcy será su dama de compañía, de ese modo, se sentirá más tranquila.

— Muchas Gracias Lord Rodhersay.

La cena transcurrió callada, ninguno volvió a decir palabra.

Al concluir, el Duque las guío a otro salón, este no tan pequeño, con un enorme piano al centro, unos grandes ventanales con cortinas rojo púrpura, con un techo alto y abovedado, unas columnas pintadas de color oro, y unas hermosas pinturas que adornaban las paredes, al centro una chimenea dorada, y encima de ella, un cuadro del castillo.

La Señora Marcy se sentó en un diván en un lado próximo a la entrada y

tomó un libro.

El Duque se colocó frente a Annabel y le preguntó:

— ¿Es usted la única hija del Conde?

Annabel se encogió de hombros y respondió:

— En realidad sí, él —, hizo una pausa, como tomando fuerzas y expresó francamente, mirando de frente al caballero —. Soy hija del Conde, en realidad él me dio su apellido, pues cuando llegué al mundo él era viuda, más él es mi padre, mi madre me dejó enfrente de la puerta de su mansión un veintidós de Diciembre, porque no podía hacerse cargo de mí, no se quien es mi madre, pero sí sé quién es mi padre y con eso me basta —, respiró profundo —. Para mí, él es mi única familia.

— Dispense, por formular tan inadecuada pregunta.

El caballero se quedó sorprendido al ver la sinceridad de aquella dama.

— Ahora es mi turno de manifestarle que no se excuse, en verdad me considero afortunada de que el Conde me encontrara y me acogiera, soy su hija, y eso es todo para mí, mi padre es lo único que poseo.

Él cambió de tema e indicó:

— Estoy muy complacido de que su caballo la trajera hacia mí —, hizo una pausa y prosiguió —, Es usted mi primer huésped en mucho tiempo.

— Es una lástima que esté solo, con tanta belleza y sin poder compartirla.

El Duque la contempló de una forma interrogativa y caviló: Ella era la primera dama que conocía, que expresaba sus pensamientos abiertamente, sin actuar a ser perfecta, y al mismo tiempo de ser un ángel, lo hacía reír de sus ocurrencias.

Se hizo un silencio, en aquel tiempo, Annabel inquirió:

— ¿Es usted es el único heredero de Rodhersay?

El Duque, la observó con extrañeza, como si él no pudiera creer que ella

no lo reconociera, y simplemente indicó:

— Sí, soy el único.

E inmediatamente llegó una doncella trayendo unas tazas de té, una tetera de Sevres y galletas, en una vajilla color oro y de cristales. La colocó en la mesa, sirvió al Duque, a Lady Annabel, y prontamente a la señora Marcy, acto seguido, la doncella se marchó, haciendo una reverencia.

— Entonces eso quiere decir que su cumpleaños está cerca.

—¿Mi cumpleaños?

—Usted mencionó que la recogieron un veintidós de diciembre.

—Así es, mi padre está preparando una sorpresa, no creo que sea una fiesta, ya que dudo que alguien desee acudir, ya sabe no conocemos muchas personas.

—Si la sorpresa es una fiesta, este Duque estaría esperando su invitación.

— Usted no se ha demorado en invitarse, su excelencia —. Expresó a Annabel sonriendo con todo familiaridad.

Los dos sonrieron y tomaban su té.

— Al Parecer la señora Marcy está cansada —. Señaló el Duque, divisando la anciana, ella estaba durmiendo con el libro en la cara —. Ella se duerme siempre, y también no escucha de su oído derecho.

— No me diga, no lo había notado, entonces cómo escucha.

— Ella observa los labios y sabe que le comentan, pero si está a cierta distancia o la luz tenue, no conoce de lo que se habla.

—Es usted un bribón su excelencia.

—Jajajaja —, los dos sonrieron por lo bajo —. Y además es usted muy observador.

—Tenemos muchos años de conocernos.

—En tal caso, la familiaridad con el trato con la dama le ha permitido

que conozca ese pequeño detalle, ¿Estoy en lo cierto?

—Puede responderle que sí, igualmente, como usted indicó hace un momento, me gusta observar a las personas.

—No parece que usted posea tiempo para observar.

—De vez en cuando lo hago y más si delante de mis ojos está una bella dama.

El Duque la miró con intensidad y Lady Anabel se perdió en aquella mirada.

Cuando sus miradas se encontraron, fue como si su contorno y el tiempo se inmoviliza, sólo quedaron ellos, a él le brillaron los ojos y sus pupilas se le dilataron al darse cuenta de la bella dama que tenía al frente, la contempló con avidez, su cara en forma de pera estaba en ese momento iluminada por la luz, y está mostraba toda la exuberancia de su hermosura, las ondulaciones de su cabellera negra que hacia contraste con su piel blanca y sedosa, unos extraordinarios ojos azules encuadrados por una extensas pestañas, una nariz perfecta y unos labios carnosos, y rosados, formaban el bello marco de una diosa.

Lady Annabel lo contempló también, poseía unas facciones atractivas, y sus ojos azul intenso, que parecían a los de un águila, con su pelo rubio peinado hacia atrás de manera descuidada, unos hoyuelos que se le formaban en su mentón, cuando sonreía, le daban más elegancia, su aspecto en cambio era excesivamente metódico, y su vestuario impecable, no había duda que aquel caballero tenía un carácter fuerte, pero a la vez tierno.

Lady Annabel reaccionó y antes de ponerse en pie, explicó:

—Creo que me retiro, su excelencia, ya que ha sido un día largo para mí.

Ella se levantó, él tomó su mano y la sujetó con fuerza, mirándola a los ojos, inmediatamente posó sus labios en ellas y le dio un largo beso.

Lady Annabel volvió a estremecerse.

Él volvió a erguirse y cuando sus miradas se encontraron, ella sintió desvanecerse por la fuerza de su contemplación. Se quedaron un instante mirándose, y ella apartó la mano, formó una reverencia y posteriormente expresó:

— Buenas Noches, excelencia.

— Buenas Noches Lady Annabel Scott.

La inclinación de su cabeza, fue acompañada por una leve cortesía y comenzó a caminar hacia donde estaba la anciana.

Ella se aproximó ligeramente a la señora Marcy, y le susurró que se marchaba, la anciana asintió complacida.

El Duque quedó sorprendido, como aquella dama había despertado en él, el deseo de cuidarla y protegerla, en verdad era hermosa, parecía una Reina, sus ojos tan tiernos e inocentes, su rostro tan dulce y su figura tan perfectamente constituida, que hacía semejanza a una de las obras talladas que había visto en Grecia, asimismo, con aquella naturalidad que la hacía diferente a las jóvenes estiradas, y que parecían unas muñecas en lugar de humanas, lo que más le llamaba la atención de la muchacha, era su inocencia acompañada de ingenuidad. Giró el rostro, pues aún contemplaba la puerta por donde ella se marchó y sacudió bruscamente la cabeza para despertar de sus pensamientos.

**

Lady Annabel ascendía a su recámara acompañada de la señora Marcy, al subir Annabel le inquirió:

— Señora Marcy ¿Hace mucho que trabaja con Lord Rodhersay?

— Sí, desde hace muchas décadas, desde que su madre... Bueno desde que el Duque era un niño.

— Debió de ser, un niño travieso.

— Sí, algo así, aunque fue educado muy rigurosamente, siempre fue un niño tierno.

— No parece que fuese tierno, más bien se ve como si fuera un Rey en su palacio, y todos tienen que obedecer a su voz.

— La apariencia no siempre es la verdadera, aunque en su percepción, usted no se equivoca, déjeme indicarle, que el corazón de por sí, es engañoso, hay que estar seguro de lo que percibimos, ya que la verdad puede ser dolorosa e inalcanzable —, expresando esas palabras, la anciana se encaminó al pasillo y le comentó:

— Buenas Noches mi Lady.

— Buenas Noches, señora Marcy.

Lady Annabel entró a su recámara en silencio cavilado lo que la anciana le había expresado, sin entender claramente lo que le quería decir, al ingresar, la esperaba la doncella para ayudarla a ir a la cama, después de quedar sola, no podía dormir recordando el rostro del caballero, se dijo que él era demasiado joven para ser Duque, pero sus pensamientos volaron a su rostro, parecía angelical, pero su porte era fuerte con un carácter indomable, al mismo tiempo, se dio cuenta de que él caballero no pedía favores, como si todo había que hacerlo cuando y como él decía.

Suspiró cansada y cavilo que cuando regresara su padre podía preguntarle por él, miró al techo y sonrió al decir en voz alta:

—El Duque es tan perfecto que parece un Rey...

Al echar un vistazo una vez más a su alrededor, divisó que las velas se

consumían, la luz del cielo entraba por los ventanales, entonces se puso de pie, caminó hacia las ventanas, antes de cerrar las cortinas, contempló hacia afuera a través del cristal como la nieve cubría todo el pasto y continuaba cayendo, retornó a la cama, se acostó y esta vez, se durmió.

Lady Annabel se despertó a la mañana siguiente, cuando escuchó un ruido, era la doncella que descubrió las cortinas, para dejar entrar la luz, la muchacha sacó del armario un vestido sencillo, lo colocó en el espaldar de un diván y se dispuso a prepararle el lavado.

Lady Anabel se vistió con la ayuda de la doncella y ella le arregló el pelo, al finalizar, la joven se marchó e ingresó la señora Marcy, esta le explicó, que el Duque la esperaba para desayunar, en el pequeño comedor.

Lady Annabel se apresuró a finalizar su arreglo y sin demora mucho descendió.

Al llegar la joven al salón del comedor, ya el Duque aguardaba, en aquel momento, las damas formaron una reverencia y fue el caballero que expresó:

— Buenos días, Lady Annabel Scott, señora Marcy.

Formó una cortesía imperceptible con la cabeza.

— Buenos días excelencia —, ella se aproximó a la mesa y con ayuda del mayordomo, tomó asiento, la señora Marcy se sentó a su lado.

Él se quedó mirándola, ella era sencillamente perfecta. Los dos terminaron de desayunar silenciosamente, pues se sentían turbados.

Al terminar, él le expresó:

— Me temo Mi Lady que no podrá partir hoy, pues todavía está nevando y los caminos están muy peligrosos, para mi fortuna tendré su compañía una noche más.

Lady Annabel se sonrojó, como si él le hubiese dicho algo halagador, él

hizo una mueca de sonrisa al ver la tez roja del rostro de ella.

Ella recordó lo que Duban le había escrito en la nota:

Gracias al cielo que está bien, los caminos están peligrosos, regrese cuando sea conveniente, no se preocupe, todo está bien Mi Lady.

Atta.: Duban.

Parecía que la nieve estaba haciendo de la suya, en esa época su padre siempre le decía que era tiempo de invernar, ya que no había muchas cosas que hacer y no podían salir.

Al terminar el desayuno, el Duque la tomó por el codo, y se trasladaron por el enorme pasillo, y la condujo a un conjunto de habitaciones que alberga la biblioteca, la señora Marcy caminaba detrás de ellos a una distancia prudente.

La puerta de acceso a la biblioteca, estaba flanqueada por dos Rembrandt, cada uno más valioso que el otro, y eran unas de las mejores obras en posesión del castillo.

Lord Rodhersay condujo a la dama a una estancia iluminada por la luz que se colaba a través de un intrincado techo de cristal plomado. Las paredes estaban tapizadas con pana amarillo oscura, colgada de ella, una gran cantidad de pinturas que parecían retratos de honorables antepasados del Duque.

Ella pudo observar al incrasar a otra estancia, hileras de estanterías acristaladas que contenían muchos libros e interesantes recopilaciones de distintos volúmenes de obras.

Qué tentadora era la idea de sacar un libro, sentarse en uno de aquellos blandos sillones de piel y apoyar la espalda en un cojín afelpado, caviló Annabel.

Al pasar junto a un enorme globo terráqueo, que debía de medir casi dos metros de diámetro, Lady Annabel Scott se detuvo y lo tocó tímidamente.

— Espero que le guste leer —. Expresó el Duque —. Ya que un día como este, son pocas las cosas que se pueden hacer.

— Bueno podemos jugar a escondernos en el castillo —. Ella sonrió con fuerza, él también, más muy sosegadamente, al ver que ella bromeaba.

— Oh, podemos hacer un campamento dentro del castillo con mantas.

Jajaja

— Tiene usted mucha imaginación Lady Annabel Scott.

— Esas era las actividades que hacía junto a mi padre cuando estaba nevando.

— Es usted muy afortunada de tener al Conde de padre —. Él, la miró intensamente.

— ¿Esta es la biblioteca? —. Preguntó la dama para salir de aquella intensa mirada.

— Sí.

— ¡Es extraordinariamente hermosa! Todo parece exquisitamente decorado —. La dama se sorprendió al ver hacia el techo y expresó —. Oh mire esa lámpara parece una araña, y observe este lugar, considero que es la biblioteca de un palacio; es demasiado espectacular para pertenecer a una sola familia.

— Nunca lo había pensado así, mis padres enviaron a reconstruir este castillo con especificaciones concretas, posteriormente mi madre —. Hizo una pausa —, Contrató a los mejores diseñadores de Londres y aquí vivieron felices.

— ¿Sus padres dónde están?

El Duque, la miró con desilusión, y ella supo que había hecho una

pregunta inadecuada.

— Mi madre feneció cuando yo tenía seis años, posteriormente mi padre me envió a estudiar lejos, al parece que la soledad le dio un golpe duro y enfermó, cuando regresé a su lado, únicamente duró unos días y falleció, al queda huérfano, desde ese momento me formé al lado de mi tío, mi padre y él eran gemelos, es decir nacieron a la misma vez, pero mi tío era mayor que mi padre, él se había desposado, su primera esposa no le dio hijos, ellos me criaron como suyo, más ella también falleció, ahora él posee una nueva esposa, más siempre recuerdo a mi madre y sus continuas risas, llenaban de alegría estas frías paredes.

— Lo siento.

A continuación de esas palabras, se formó un silencio y Lady Annabel sintió el deseo de ir a su lado y tomarle de las manos, pero sólo expresó:

— En verdad lo siento.

Él caminó hacia donde estaban unos libros y le preguntó:

—¿Qué clase de libros le gustan?

— Bueno, me gustan las historias, de Damas. Ohhhh...

Ella resbaló con una pequeña alfombra, él le tomó por la cintura para no dejarla caer, el Duque se encontró con el rostro muy cerca del de ella, respiró agitado, al sentir que estaban tan junto, inhaló su aroma a lavanda y limón, su cuerpo y el de Lady Annabel Scott se habían rozado al tratar ella de incorporarse. Ambos se quedaron inmóviles, frente a frente, mientras, sus alientos inconstantes se mezclaban.

Ella esbozó una sonrisa dulce, natural y resplandeciente, la más inocente expresión que una dama le había ofrecido nunca. La ayudó a incorporarse y la soltó.

— ¿Está usted bien?

— Sí, gracias —. Se alisó el vestido y se sentó...

El trató de hacer como si nada hubiese pasado y se aproximó a un anaquel y señaló:

— Estas son historias, que mi madre solía leer, si desea verlas, tal vez le agraden.

— Sí, gracias.

Lady Annabel leyó los encabezados, apartó una al azar, pues no se había repuesto de la cercanía que había experimentado del Duque. Se acomodó en una butaca un poco retirada del majestuoso escritorio, para así poner distancia entre ellos.

El Duque tomó unos papeles y fingió leer, porque él también estaba aturdido, por la carga de los sentimientos que estaba experimentando, para recapacitar, se levantó y explicó a la joven, dama:

— Mi Lady espero que disfrute la lectura, tengo un asunto que atender, así que nos veremos más tarde... Con su permiso.

El Duque titubeo en tomar la mano de la dama, pues entendía que no sería buena idea, alto seguido, formó una reverencia con la cabeza y se alejó.

Lady Annabel comenzó a leer, pero su mente no quería concentrarse, sólo quería recordar el rostro del Duque, y su aroma a limpio, a barba reciente afeitada. Ella trataba por todos los medios de concentrarse a leer y su mente le hacía una trampa y volvió a pensar en él, en su pelo dorado claro, en los dos hoyuelos que se le formaban cada vez que sonreía, en su olor a colonia... ¡Ohhhh, no!, ¿que estará pasando con mi mente? se preguntó, sólo está él en mi imaginación, trató con determinación leer.

Las horas pasaron y el señor mayordomo le indicó, que el Duque había enviado a decirles que las esperaba en el comedor.

Lady Annabel, se incorporó rápido, pues se quedó entretenida en la lectura, o mejor dicho, soñando despierta, en cambio, la señora Marcy estaba

profundamente dormida.

Lady Annabel se acercó muy despacio a donde estaba la anciana y despertó, diciéndole:

— Señora Marcy el Duque nos espera.

— Sí claro —. Comentó la dama y las dos comenzaron a caminar hacia el salón del comedor.

— ¿Cómo le fue en su aventura? Le preguntó el Duque cuando entró.

— No he ido a ningún lado.....Contestó Annabel sin entender la pregunta.

— Me refiero a su lectura.

Él hizo una mueca de sonrisa.

Ella observó los dos hoyuelos que se le formaban, y le expresó:

— Perdón., No sabía...bien gracias.

— Es usted muy., ¿Cómo decir?... Espontánea.

— Y usted —. Comenzó a decir Annabel y paró.

— ¿Qué iba a decir usted?

— Mejor no, si mi institutriz me escuchara, le daría una apoplejía.

—Pero ella no está aquí, qué le puede decir.

—Esta la señora Marcy —, ellos le echaron un vistazo y la anciana continuaba como si no entendiera nada —. Mejor se lo comentaré esta noche en cuanto termina la cena.

— Anhelaré la ocasión con ansiedad, espero que no se marche antes.

— No podría, están llenos los caminos de nieve.

—Es sólo una forma de decir, que no olvide su palabra.

— Oh, comprendo.

— Lady Annabel Scott, no se olvide de la promesa, ya que estaré esperando sus palabras con ansias.

— En tal caso lo pensaré, ya que no le he hecho una promesa, ya que no

es bueno prometer algo que tal vez no cumplamos.

— Lady Annabel Scott no es una promesa, más tenga por seguro que esta noche concluirá su frase de lo contrario se la sacaré de sus labios.

Ella bajó su mirada visiblemente sonrojada, posterior a ese comentario, se quedaron callados y la dama comió muy poco, pues los acontecimientos le estaban quitando el apetito.

El Duque también por su parte se quedó callado y taciturno.

Capítulo III

En la tarde, Lady Annabel se refugió en sus aposentos, donde pudo soñar un poco y subsiguientemente se quedó dormida.

Al escuchar unos toques en la puerta, vio a la doncella entrar, hacer una reverencia y poner un vestido color amarillo oscuro en la cama, y le preparó su baño, rápidamente de tomar una rica ablución caliente con aromas perfumadas, la doncella la ayudó a vestir, cuando se colocó el elegante traje, vislumbró su figura en el espejo, era como si estuviera soñando, parecía una de esas Hadas que existía en el libro que estaba leyendo esa mañana.

La muchacha la peinó y puso unos pequeños prendedores en su cabello. Annabel quería preguntar de quién eran, pero no podía, pues no obtendría respuesta.

Se escuchó unos toques en la puerta y se introdujo la señora Marcy.

—Está usted muy hermosa mi Lady.

—Gracias Señora Marcy... Me estoy poniendo unos vestidos que la señora Marlene me envió, pero no se de quienes son.

— Deben de ser de la tía del Duque..... y paró en seco.

— Son muy hermosos, parece que ella tiene muy buen gusto.

— Si así es... Es mejor que bajemos —, le explicó la anciana —, al Duque no le gusta esperar.

Se dirigieron al comedor.

Al llegar a la estancia estaba sola, el Duque no había descendido, o tal vez no estaba, echó un vistazo por las ventanas y únicamente observó la luz de la luna.

— Buenas noche... El Duque quedó estupefacto al mirarla.

Ella sonrió encantada, al ver la reacción de él.

— Buenas noches, Lord James Rodhersay.

— Está usted, sublimemente, maravillosa.

Annabel se sonrojó y simplemente expresó:

— Gracias.

— Lady Annabel Scott, señora Marcy, será mejor que pasemos a la mesa.

— Sí, excelencia.

Tomó a Annabel por el codo y creía que estaba tomando una brasa ardiente.

Lady Annabel por su parte, parecía una hoja de papel soplada por el viento, al toque de las manos del Duque.

Él casi no probó bocado, mirándola tímidamente.

Al terminar le extendió su brazo a la joven a la dama y la dirigió a la sala de estar.

Al llegar y tener en sus manos un vaso con un poco de vino, Lady Annabel le expresó:

—Le quiero cumplir lo acordado, quisiera decir que es usted un Duque muy —, se contuvo al darse cuenta que iba a decir encantador y en vez dijo —, afable en toda la extensión de la palabra —, y se interrumpió de nuevo —, un Duque muy amable.

Y dijo para sí... Oh no que estoy pensando, donde están sus modales señorita, como puedo decirle a un caballero encantador y atractivo, me estoy trastornando.

—Parece que se le hace difícil hacer cumplidos.

—No... bueno...Sí.

El Duque, la miró interrogante, al ver en su rostro la confusión.

—No se preocupe a mí también.

—No, concuerdo con usted en eso, ya que los ha estado haciendo, desde que lo conozco —. Y se llevó las manos a la boca, para atajar las palabras.

—¿De verdad? En tal caso es usted una dama afortunada —. La contempló con una mirada penetrante.

Lady Annabel se estremeció, depositó el vaso en la mesa, se puso de pie y avanzó hacia las ventanas.

Al contemplar la oscuridad, escapó un suspiro de sus labios, él se arrimó a ella y le expresó:

— Me gustaría saber ¿por quién suspira?

— Es que pensaba en la luna tan hermosa.

— No más hermosa que usted.

Él se puso detrás de ella y Lady Annabel escuchó su respiración, ella se apresuró a moverse junto al piano.

Ella le comentó, para evitarlo:

—Gracias por su hospitalidad, y por todas las cosas que ha hecho para hacer que mi estancia sea maravillosa.

El Duque se aproximó a Annabel, la contempló fijamente sin parpadear, levantó suavemente sus manos a los hombros de ella y sin poder aguantar más acercó su rostro y puso sus labios cerca del de ella, inspiró su perfume, por un instante ella pensó que la iba a besar, los dos oyeron sus respiraciones jadeantes, él miraba los labios de ella.

Ella deseosa de que él posara sus labios, cerró los ojos, pero de pronto sintió que él suavizaba sus manos en su hombro, hasta que la soltó.

Antes que los dos hicieran o dijeran algo, la señora Marlene entró con una bandeja de té, Annabel tomó asiento, la ama de llaves sirvió, miró en el diván a la señora Marcy durmiendo plácidamente y le sirvió al Duque y en seguida a Lady Annabel, la cual tomó la taza con fuerza, pues pensaba que se

le caería.

El Duque también tomó asiento y los dos tomaron el té introvertidos.

Al terminar Lady Annabel se puso de pie y expresó con voz temblorosa:

— Buenas noches excelencia.

Lord James Rodhersay se aproximó sigilosamente, le tomó las manos y besó a cada una, al levantar el rostro los ojos de él le centelleaban.

También los ojos de ella, le brillaban.

La atrajo suavemente hacia él, y la rodeó con sus fuertes brazos, poniéndole una mano en la cintura y otra en la espalda.

Lady Annabel muy a pesar suyo, notó un estremecimiento de placer. Ella debería estar protestando y luchando por librarse de su abrazo, pero estar apretada contra su cuerpo fuerte y protector, le producía un divino goce. Se protegió con las manos, cuando todo lo que quería era abandonarse a su abrazo y recostar la cabeza en su ancho pecho, como si fuera una niña que buscara protección.

Los dos duraron un rato así.

Él se apartó suavemente y le señaló:

— Será mejor Lady Annabel Scott que se retire.

Ella asintió con la cabeza, se acercó a la señora Marcy, le indicó a la anciana que se retiraba, ella se puso de pie, soñolienta y la siguió.

Al subir por las escaleras, la anciana le expresó:

— Lo más bello del carácter en una joven, es saber el momento adecuado de retirarse.

Lady Annabel la miró ruborizada sabiendo que la anciana había visto algo.

La anciana sonrió y le picó el ojo.

En la puerta de su cuarto, ella le expresó:

— Buenas Noches Lady Annabel Scott.

— Buenas Noches señora Marcy.

Lady Annabel entró a su recámara, se metió con todo y vestido a la cama, pues sentía como todo su cuerpo, le temblaba.

El Duque se marchó a la biblioteca y fue directo a Dios en plegaria:

— Dios mío, cómo es posible que esa dama este haciendo que él experimente tantas emociones, que nunca se imaginaría que tuviera y menos por una joven tan... Tan hermosa, tierna, encantadora.

Se frenó para no dar paso a su imaginación y continuó:

— Padre celestial, que me está pasando, usted sabe que he sido educado para controlar mis emociones, y para pensar con la cabeza fría, pues una gran responsabilidad estará muy pronto sobre mis hombros y no puedo darme el lujo de dejar, que las emociones puedan socavar mi vida, de manera tal, que olvide todo, Dios no puedo sentirse así, tengo que hacer algo, pero qué puedo hacer, esto que siento es nuevo y en verdad no se como combatirlo, deme usted la sabiduría, ya que por primera vez no poseo la suficiente fuerzas para ganar esta batalla, en nombre de Jesús.

El Duque no espero la respuesta que Dios le daría, sino que él tomó su decisión en su corazón y cuando caminaba hacia su alcoba y al pasar por la de ella se detuvo, miró la enorme puerta que los separaba y caviló, quiero saber qué es esto que siento y prosiguió a su camino.

A la mañana siguiente, Lady Anabel no se había despertado, cuando la doncella la vio, supo que algo le pasaba, y corrió a buscar a la señora Marcy, sin poder decir nada, llevó a rastra a la anciana a la recámara de Lady Annabel Scott , cuando la anciana tocó su frente supo que tenía fiebre, envió a buscar agua fría y la colocó en su faz.

Como la calentura no cedía la anciana comunicó a la ama de llaves:

— Señora Marlene es mejor informar al Duque que Lady Annabel Scott no se encuentra bien.

— Sí, señora Marcy, inmediatamente le comunicó a su excelencia.

Señora Marcy miró a la joven y se dio cuenta que estaba vestida con el mismo traje de la noche anterior, ordenó a la doncella que la ayudara a cambiarla y le pusieron algo más abrigado.

Tocaron la puerta y entró la Señora Marlene y explicó:

— El Duque quiere subir a ver la condición de la señorita.

La Señora Marcy abrió los ojos, pero no dijo nada, y arreglaron todo para que el Duque pudiera entrar, cuando estuvo ordenado y Lady Annabel lista, le dijeron que entrara, pues él había estado toda la mañana en la puerta esperando.

— ¿Cómo está señora Marcy?

— Un poco de fiebre, parece que se resfrió, pues...se quedó dormida... sin la ropa adecuada.

— ¿Qué? ¿Di órdenes que se le facilitara todo lo que necesitara?

— Sí, pero al bajar la temperatura, se nos escapó proveer ropa de cama más cubridora.

La Señora Marcy no quería en explicar, que la dama se durmió con todo y el vestido y no se preparó para la helada noche.

El Duque divisó cómo le ponían brasas ardiendo debajo de la cama, para mantenerla caliente y como le ponían paños de agua en la frente.

La señora Marcy lo miraba esperando que él saliera de la recámara, pero para sorpresa de la anciana, él tomó una butaca, la situó cerca de la cama y se sentó, ella sólo bajó la cabeza y envió a buscar más brasas.

Lady Annabel pasó casi todo el día durmiendo, en la noche despertó atontada, giró el rostro y observó al Duque sentado cerca de la cama, dormitando, más allá a la señora Marcy durmiendo, él levantó el rostro, la

miró y expresó:

— Gracias a Dios despertó —. Tomó la mano de ella y la besó.

Ella le sonrió y le indicó:

— Pensé que estaba soñando cuando lo vi.

— No lo creo...Pensó que estaba en el infierno —. Le sonrió de forma franca y sincera

— No diga tal cosa, pensé que estaba en el cielo y un ángel me tomaba la mano.

El Duque la miró con ternura, alargó su mano y acarició su rostro.

Lady Annabel notó el ardiente roce de las yemas de sus dedos en el hombro y el cuello, subiéndole hasta la mejilla, que tomó en la palma de la mano. Debería haberse apartado, pero el placer que le produjo aquella mano cálida acunando su cara, la dejó inmobilizada.

— Gracias al cielo que despertó. Ahora me puedo marchar a descansar —. Indicó él.

— ¿Y me dejará? —. Preguntó Annabel como una niña que no quería quedarse sola.

— Bueno qué podemos hacer contra esa petición..... ¿uh?... Ya sé, volveré en un rato, la dejaré para que se cambie, hoy cenaremos aquí en su recámara. ¿Le parece?

A Lady Annabel le brillaron los ojos, al pensar que él estaría con ella.

—Me parece estupendo.

El Duque salió y la señora Marcy se le arrimó y le explicó:

— El Duque ha estado al pendiente suyo todo el día, debe estar —. Y paró al darse cuenta que no debía entrometerse.

— ¿De verdad señora Marcy?

— Sí, pero ahora debo ayudarla a tomar un baño, pues usted está muy débil.

— Lo siento, es que anoche... despaché la doncella y me acosté con todo y vestido...

— No se preocupe, ya pasó, ahora hay que darse pronto en abrigarse, no queremos que empeore.

La doncella y la señora Marcy la ayudaron a vestirse, esta vez más abrigada, ella tosió débilmente.

Más tarde, tocaron a la puerta y unos sirvientes entraron, pusieron una mesa redonda cerca de la chimenea y dos sillas.

Al instante Lady Annabel levantó la mirada al oler la loción del Duque, estaba imponente en la puerta, aunque se le veía cansado.

— Bueno Lady Annabel Scott, esta noche tendrá el honor de cenar acompañada.

Lady Annabel hizo una reverencia y casi se cae, el corrió en su ayuda, pero la señora Marcy la agarró primero.

Entre los dos, la ayudaron a establecer en la silla.

— Si me permite —, dijo el Duque y tomó la cuchara de Lady Annabel y comenzó a darle pequeña cucharadas de sopa.

Ella como una niña obediente abría la boca.

La señora Marcy estaba estupefacta con la actitud del Duque hacia aquella dama, pero no dijo nada, más bien se paró y comentó:

— Lady Annabel Scott, su excelencia, retorno enseguida, voy a preparar un buen remedio casero para el resfriado.

Lady Annabel se tensó al pensar que se quedaría a solas en la recámara con el Duque, pero su temor se disolvió al ver que la señora Marlene, se quedaba en una silla fuera de la habitación con las puertas abiertas.

— Espero que se sienta mejor, aunque si está usted enferma, disfrutaré más tiempo de su compañía.

Lady Annabel se sonrojó y descendió la cabeza.

Él hizo que se tomara todo el caldo y cuando ella terminó, él consumió algo, no mucho.

Ella se dio cuenta que el Duque, únicamente aprobó la comida y le expresó:

— Debe comer más, sino seré quien lo cuide a usted.

Él levantó la vista y la observó plácidamente y le indicó:

— Contar de que usted se quedará a cuidarme, este Duque estaría dispuesto a no comer durante un mes.

— Eso no sería enfermarse, sería un suicidio y moriría, a la sazón, una servidora tendría un cargo de conciencia.

— Jajajaja. Ni enferma deja de bromear.

Lady Annabel lo contempló como él sonreía, parecía que el solo verla, lo hacía sonreír.

Él tomó la copa de vino, tragó el contenido de un sorbo, al darse cuenta que ella lo observaba.

— Sabe Lady Annabel Scott, hace mucho que no sonreía, desde que —, miró a otro lado y prosiguió —, usted tiene el don de hacerme reír.

— Pues es bueno que sonría, dicen que es bueno para los pliegues del rostro.

— Jajajaja —. Él sonrió a carcajadas. Ella lo siguió.

— A la sazón, usted nunca envejecerá. Jajajaja.

El Duque permaneció contemplándola y expuso:

— Me gustaría que mi vida fuera diferente —. Expresó él en voz alta, creyendo que lo pensaba.

— ¿Y cómo es su vida, Duque James de Rodhersay?

Él volvió a mirarla, se dio cuenta, que su comportamiento iban en contra de sus normas, y se dijo en su mente, por esta noche seré diferente.

— Por dónde empezar, puede decirle primero que me siento afortunado de lo que Dios me a dado, tengo muchas responsabilidades, muchos dependen de mí, no puedo pensar en mí como un ente sólo...

— En otras palabras es usted como un cabeza de familia en versión joven.

— Jjajajaja... Usted me sorprende Lady Annabel Scott. Sí, así es, soy un cabeza de familia, sin esposa e hijos.

— Uno muy responsable.

Él, la contempló y expresó:

— Uno muy responsable y con un compromiso demasiado grande.

Ella no sabía a qué se refería, pero no quería volver hacer mal educada y preguntar.

— ¿Y usted vive aquí siempre?

— No, en realidad es la primera vez, en cinco años que regreso, mi tío estuvo aquí hace poco y al regresar a Londres me animó a ser una visita al Castillo, y doy gracias a Dios que le escuché, ya que la conocí a usted.

Al escuchar aquellas palabras, Lady Annabel se sonrojó como una manzana.

— Para mi suerte usted no podrá viajar así, eso quiere decir que disfrutaré más tiempo de su compañía.

— Gracias, es usted tan...

— Afable... esa fue la palabra que usó para definirme... Afable...

— Afable, a la vez es simpático, cariñoso, grandioso —, ella bajó el tono de voz, al notar que él se acercaba y se arrodillaba a su lado, quedando su cabezas al mismo nivel.

— Continúe —. Dijo él con voz ronca.

— Gentil, tierno —. Y se detuvo al ver que el pasaba una mano por el cuello de ella y la atraía a él, puso su mano entre la nuca y su rostro, y con un

lento movimiento tocó el pelo de ella.

— Usted es la criatura más hermosa que he visto, espero que Dios me dé el privilegio de volverla a encontrar —, la contempló como se observa una joya preciosa, pero imposible, la soltó, se incorporó y apuntó—. Será mejor que la deje descansar... Buenas Noches...

Ella advirtió cómo se alejaba, al momento de salir, entró la señora Marlene y la ayudó a ir a la cama, entraron las doncellas y se llevaron los utensilios de cocina.

Lady Annabel se puso su batín bien abrigado y se metió a la cama, al poco tiempo entró la señora Marcy.

— Aquí está esta tisana que me preparaba mi madre cuando me resfriaba, es muy buena —. Le pasó el vaso a la dama e indicó —. Es la primera vez que el Duque cuida a una invitada de esa forma, será mejor que se sane para que él esté tranquilo.

Lady Annabel se encogió de hombros y tomó el té.

Cuando finalizó, la señora Marcy le señaló:

— Vendré en la noche a ver como esta, para que no se sorprenda, si ve entrar a alguien.

— Gracias señora Marcy, pero ya me siento bien, no se moleste, usted también necesita descansar.

La anciana le sonrió y le indicó:

— Buenas Noches Lady Annabel.

— Buenas Noches señora Marcy.

A media noche el Duque entró a la recámara de Annabel y se aproximó cautelosamente, puso su mano suavemente en su frente para saber si había vuelto la calentura, y sintió como ella se movía un poco, pero volvió a dormir, en aquel momento, se puso a contemplarla dormida, parecía una muñeca de

esas de porcelana, tan tierna y dulce.... Él se acercó a la cama y se inclinó y depositó un tierno beso en sus labios, esto hizo que se estremeciera todo su cuerpo y salió de la habitación a pasos agigantados.

Ya en su habitación se dijo: Esa dama me está trastornando, hago y digo cosas que jamás me imaginaría hacer. Ella tiene el poder de que pierda el juicio y la sensatez... Hizo una pausa... Tengo que poner distancia, no puedo darme el lujo de... Sí debo alejarme, pues si no lo hago... Perderé mi prudencia.

Cuando todo estaba a oscura Annabel sintió una mano que le acariciaba el rostro y pensó entre sueños que sería la señora Marcy, así que se dejó llevar por la oscuridad y volvió a dormir.

**

Al día siguiente Annabel se sentía mejor, decidió bajar a desayunar al comedor, la señora Marcy la acompañaba, al llegar se dieron cuenta que el Duque no estaba y la anciana preguntó a la señora Marlene:

— ¿El Duque no desayuna con nosotros?

— No Señora Marcy, su excelencia desayuna esta mañana temprano.

Lady Annabel descendió la cabeza para no reflejar en el rostro la desilusión.

La anciana le reveló:

— A la sazón, seremos nosotras quienes disfrutaremos de este delicioso manjar.

Terminaron de desayunar y la señora Marcy explicó a Lady Annabel:

— Voy a prepararle la tisana para que así termine de recuperarse.

— Gracias señora Marcy... Estaré en la biblioteca.

—Se lo llevaré a la biblioteca.

Lady Annabel se marchó a la biblioteca, tomó una de las historia

pequeñas de las que leía la madre del Duque y se sentó en un diván, al poco rato, llegó la señora Marcy y le dio la tizana.

— Le informo que aprovecharé hacer algunas cosas.

— Estaré aquí leyendo, no creo participar de comida, así que tome su tiempo, luego me iré a mi habitación.

— Con su permiso Lady Annabel Scott.

La anciana se retiró, Lady Annabel se quedó leyendo, la historia estaba tan interesante que no vio entrar al Duque, él entró cerró la puerta y se puso a buscar unos papeles.

De pronto Lady Annabel le apuntó:

— Está usted muy exaltado su excelencia.

El no se asustó, la miró y después comentó:

— Perdón, Mi Lady si la interrumpí... Continúe con su lectura.

Ella se incorporó y se le aproximó, y señaló:

— Tiene muchos pendientes, pues no estuvo con nosotras en el desayuno.

— Sí, es que —, trató de buscar una excusa, pero no la encontró...

Ella caminó hacia el amplio escritorio.

— Si quiere ¿Le puedo ayudar?

— Usted... ¿Y usted qué sabe de papeles?

— Desde pequeña he ayudado a mi padre y a Duban.

—Oh... Quiere decir que además de ser bella, también es inteligente.

Lady Annabel se sonrojó y retrocedió al darse cuenta de lo que hizo inconscientemente.

— Entonces... veamos —, se aproximó más y más a ella, se quedó tan cerca que ella podía escuchar su respiración, pero él permaneció inmóvil como una estatua, con su mentón erguido y sus pectorales derechos, de pronto bajó la cabeza y le dijo con voz grave —. Estos son unos títulos de tierra por favor póngalos en orden...

Ella temblaba como una paloma asustada, enfrente de un águila.

Él le posó el paquete de papeles, al ella tomarlo sus manos se rozaron y los dos sintieron la atracción y el peligro.

El Duque levantó su barbilla y salió a paso lento de la biblioteca y le indicó:

— Cuando termine, lo puede dejar en el escritorio...

Ella se quedó consciente de que en sus encuentros había un riesgo a forjar cosas que no era digno de una dama. Su cercanía hacia que ella quisiera —. Se llevó las manos a su rostro y se dijo —. Oh Dios mío, él se está convirtiendo en parte de mí. Quiero estar a su lado, quiero compartir mis alegrías y mis temores con él. ¿Qué me ocurre? ¿Qué me pasa?

Cuando de pronto escuchó una voz detrás de ella, era la ama de llaves, con una bandeja:

— Mi Lady. ¿Se encuentra bien? ¿Quiere que llame al Duque?

— No... No. Estoy bien.

— Mi Lady le traje algunos bocadillos para que merendé.

La anciana puso la bandeja en la mesa y salió.

Lady Annabel terminó de ordenar los papeles, tomó el libro en sus manos y se dirigió a su habitación.

**

A la hora de la cena, Lady Annabel descendió con la señora Marcy.

El Duque vestía imponente con un exquisito traje, estaba mirando por la ventana, como si estuviera en otro mundo.

Entonces, Lady Annabel expresó, haciendo una reverencia:

— Buenas Noches.

Él se giró y la observó con una mirada profunda, como cuando un Rey toma una decisión irrevocable:

— Buenas Noche Lady Annabel Scott, señora Marcy.

Hizo una impecable reverencia y tomó asiento después de ellas.

La cena estuvo rodeada de silencio, al finalizar ellos se dirigieron al salón de estar, esta área era más pequeño y acogedor, estaba decorado con arcos dorados y columnas, con unas cortinas verdes, tenía un mobiliario sólido que invitaba a cualquiera a disfrutar de su confort.

Lady Annabel se acercó a la chimenea a contemplar un cuadro del Duque... y expresó:

— ¿Es usted?

— Sí, se elaboró hace poco tiempo, lo envié a pintar a un conocido.

Ella no dijo nada, sólo permaneció observando la pintura, él se aproximó a ella y Annabel absorbió su olor, aquella aroma tan fragante que la derretía, se quedaron un largo rato uno al lado del otro, sin pronunciar palabras.

En aquel momento de un de repente, él le explicó:

— Daré órdenes para que mañana sea trasladada de vuelta a su hogar—, hizo una larga pausa—. Es propicio que disponga todo para su partida, asimismo he hablado a la señora Marcy para que la acompañe y esté el tiempo necesario con usted...

Lady Annabel no expresó nada, sólo voltio a verlo, él estaba alejándose... Ella no quería irse, quería estar con él, pero él no giró a verla, se quedó rígido mirando al vacío, ella se apartó de él y expresó en voz tenue.

— Lord Rodhersay me retiro, tengo algunas cosas que preparar para el viaje.

— La escolto hasta las escaleras.

Ella con dolor y rabia expuso:

— No es necesario su excelencia. Buenas Noches.

Pero él, hizo caso omiso a las palabras de la dama, fue detrás de ella.

Cuando ella comenzaba a subir el primer peldaño, el Duque extendió su mano y la asió por el ante brazo, ella se paralizó, él hizo que ella se diera la vuelta, con la mano que le quedaba suelta, le levantó el rostro, se quedaron mirándose y él expresó con voz ronca:

— Quiero ver su rostro, para recordarla por siempre.

Él suavemente soltó su brazo y llevó la mano hacia el rostro de ella y comenzó a enmarcarlo, ella difirió el rostro a sus manos, para así sentir el toque de ellas.

Lady Annabel cerró los ojos y el Duque con un tierno movimiento la atrajo a su pecho, en un silencioso abrazo.

Él estaba luchando para no hacer nada indebido, su cuerpo quería llevársela, pero su cordura lo detenía. Se quedaron así y no supieron cuánto tiempo transcurrió, hasta que escucharon pasos aproximarse, él se apartó de ella con pereza y le apuntó:

— Hasta una próxima vez, Lady Annabel Scott.

Al escuchar aquellas palabras, ella supo que era su despedida.

Lady Annabel lo observó a alejarse, e inmediatamente apareció la señora Marcy, la anciana le expresó:

— La vida puede ser tan calmada, como puede tener muchos torbellinos.

La anciana pasó por el lado de joven y le expresó:

— Buenas Noches, Lady Annabel Scott.

— Buenas Noches, señora Marcy.

Cuando el Duque entró en su despacho, tocó la campanita y apareció Tóner.

— A sus órdenes, su excelencia.

— Tóner mañana Lady Annabel Scott y señora Marcy viajan a la mansión del Conde, así que prepare todo para que su recorrido sea confortable.

— Sí, su excelencia.

Él se quedó toda la noche en la biblioteca, pensando en ella, en todo aquello que estaba sintiendo y en su gran responsabilidad.

Lady Annabel tampoco podía dormir pensando en él, en su cercanía, su aroma, sus labios, y sólo trataba de imaginar cómo sería si en verdad algún día la besara...

Antes que el Alba saliera, ella se había quedado dormida, al día siguiente, alguien tocó a su puerta, era la señora Marcy:

— Buenos días Lady Annabel Scott, el Duque envió a decirle, que su carruaje está listo para su viaje.

— Gracias señora Marcy.

— La acompañaré a su destino.

— Será muy placentera su compañía.

La anciana salió y entró la doncella.

Lady Annabel se sintió triste, pues sabía que se marcharía sin volverlo a ver, se arregló y la doncella puso todo en orden para su viaje, ella descendió y desayunó con la señora Marcy, el Duque no se apareció.

Cuando terminaron la señora Marcy le explicó:

— Lady Annabel, necesito buscar algo en mi recámara, la espero en el carruaje.

— Tome su tiempo, me despediré, tome su tiempo.

Lady Annabel se sintió de pronto sola, y algo dentro de ella permanecía triste.

Terminó y cuando estaba lista para partir, vio al Duque acercarse, él tenía la misma ropa de la noche anterior, y el cabello despeinado, aún así se veía regio.

— Buenos días Lady Annabel Scott, como verá no estaba presentable

para desayunar con usted, pero no puedo dejarla marchar sin antes —, se aproximó hacia ella y le dijo—, darle esto —, puso una cajita de terciopelo rojo en la mano de ella, bajó la cabeza y se la llevó reverentemente la mano a los labios. Le besó el dorso de sus dedos, el en hueco de la palma, dio un prolongado beso. Nada le habría resultado jamás tan grato como el roce de aquella piel sedosa en sus labios.

La miró y con voz ronca le explicó —. Eso es un recuerdo de nuestro encuentro —. Y sin esperar respuesta se marchó.

Lady Annabel se quedó mirando cómo se alejaba, le dolía el corazón, colocó sus manos y la cajita de terciopelo en su pecho, permaneció un rato sin poder desplazarse, sólo vislumbraba el pasillo enorme por donde el Duque había desaparecido, observó a su alrededor como si quisiera plasmar esa imagen en su mente. Ella entendía por las palabras de él, que sería muy difícil volverlo a encontrarse, no sabía porque, pero sentía que un abismo los separaba. Se le llenaron los ojos de lágrimas, sin poder pararlas la dejó fluir, tomó su pañuelo, se limpió el rostro y posteriormente, se colocó los guantes y lentamente se encaminó a la salida, miró hacia atrás una vez más y subió al carruaje.

En seguida, del carruaje dar la vuelta en la amplia rotonda de la entrada principal del castillo. Lady Annabel levantó el rostro al escuchar la melodía de una gaita, que se auscultaba subliminal y a la vez entristecida.

La anciana le explicó:

— Es una canción Escocesa muy triste, es tocada cuando el dolor es fuerte, pero la dignidad no deja llorar.

Lady Annabel vislumbra en la distancia a un caballero a lo lejos, vestido

con el kilt, tocando su gaita, parecía un escolta real, lejanamente lo miró montado en su caballo blanco, y la guío una buena distancia, posteriormente desapareció.

Ella se encogió de hombros y unas lágrimas le empañaron sus ojos, prontamente empezaron a salir sin control.

La señora Marcy no expresó palabras, simplemente se recostó hacia atrás y fingió dormir.

E cuanto llegaron al mansión de su padre, se sintió feliz, pero a la vez afligida, todos la recibieron con alegría.

Su acompañante y amiga la Señora Lyna le preguntó:

— ¿Cómo le fue mi Lady?

— Todo bien —. Señaló Annabel cuidando de no enseñar su tristeza.

— Esta es la señora Marcy, fue mi dama de compañía mientras estuve en el Castillo de Rodhersay.

— Un placer señora Marcy, soy la Señora Lyna.

— Encantada señora Lyna —, hicieron sus respectivas reverencias.

El señor Duban apareció con una sonrisa:

— Mi Lady que gusto su regreso, estuvimos preocupados por usted, hasta que el Duque envió un mensajero y nos explicó lo del caballo.

— Gracias a Dios que está bien mi Lady —, señaló la señora Lyna.

— Siento haberlos preocupado, estaba tratando de hacerle una broma a Eliz, cuando el caballo comenzó a correr sin control, y duró un buen extremo cabalgando sin poder parar, hasta que gracias a Dios, paró cerca del castillo del... Duque.

— No se preocupe mi Lady, su padre escribió hoy, así que no he tenido que enviarle malas noticias.

— Qué bueno Duban, le escribiré, más dejaré para contar lo sucedido para su regreso.

— Como diga mi Lady... Será mejor que las deje para que descanse.

— Duban la señora Marcy se quedará un tiempo con nosotros, por favor envía a preparar una recámara.

—Si Mi Lady, como usted diga —. El Anciano se alejó dando órdenes a la servidumbre.

Ella dijo a la señora Marcy:

—Vamos al salón de estar a esperar para que la acomoden.

Al poco tiempo apareció una doncella y le indicó que la habitación estaba lista, la señora Marcy la siguió para instalarse.

Cuando estuvieron Lady Annabel y la señora Lina a solas, en la recámara de Lady Annabel Scott, la dama ansiosa le preguntó:

— ¿Cómo es el castillo? ¿El Duque es guapo?

Annabel se le llenaron los ojos de lágrimas.

La señora Lina se dio cuenta del dolor en los ojos de joven y expresó:

— Será mejor que la deje descansar, luego hablaremos.

— Gracias...

La señora Lina salió de la recámara y cerró la puerta.

Annabel tenía el corazón destrozado, sólo escuchaba aquella canción en su cabeza, aunque no sabía las letras se escuchaba triste, sin duda era el Duque el que tocaba la gaita, él estaba triste por su partida, pero si no era él, si era un caballero solitario llorando la pérdida de alguien que no podía llorar.

Pero ella estaba en su morada y en tan poco tiempo, ya él le hacía falta. ¿Que estaría haciendo él en ese instante?

Annabel abrió la cajita de terciopelo, encontró una bola pequeña de

cristal con el castillo de Rodhersay dentro, cuando la agitaba parecía que estaba nevando. Ella la observó plácidamente y las lágrimas fluían por sus mejillas, como una cascada, que salía del dolor de su corazón, aquello significaba su encuentro, pero también sentía que era su adiós.

Annabel se recostó y se sintió enferma, la señora Lyna entró a su recámara unas horas después, y la encontró arropada, cuando la tocó vio que estaba con fiebre, llamó a Eliz su nana y la envió a buscar agua fría para ponerle en la frente.

Al final de la tarde, la señora Marcy se encontró con la señora Lyna y le expresó:

— Sucede algo señora Lyna, la doncella me informó que Lady Annabel Scott no se encuentra bien.

— Sí parece que se ha resfriado, está un poco caliente y no ha querido comer.

— Ella no se ha sentido bien en los últimos días, sí me permite prepararé algo caliente y se lo llevaré a su alcoba.

— Será de gran ayuda si logra que coma algo.

La señora Marcy preparó un diluido consomé y se encaminó a la estancia de Lady Annabel Scott, abrió cautelosamente la puerta, puso la bandeja en la mesa de estar y expuso:

—Lady Annabel Scott le preparé un caldo que le hará sentir mejor, y se le calentará ese resfriado que tiene en el corazón.

Annabel se volvió a la señora Marcy y le preguntó:

— ¿Qué me sucede señora Marcy me siento mal, me siento...? Y comenzó a llorar.

— No se preocupe mi Lady eso pasará, sólo tiene que esperar, pero sobretodo comer, venga incorpórese, tome este consomé para que tenga fuerzas para pensar.

— Pero no tengo hambre, sólo quiero dormir.

— Le prometo que la dejaré dormir, para que descanse, pero antes, coma para que reponga las energías.

Annabel se incorporó, sin mucho deseo, para no hacer sentir mal a la anciana, tomó la bandeja, se la colocó cerca y comenzó a comer, al probar, lo encontró delicioso y liviano al paladar, cuando finalizó lo que podía consumir, la señora Marcy le indicó:

— Sabe, mi Lady ese era el consomé que le preparaba al Duque cuando él estaba pequeño y no quería comer.

Annabel abrió los ojos y miró aquella anciana y comprendió.

— Señora Marcy usted es...

— Sí mi niña, en mi tiempo fui la nana del Duque, y posteriormente que creció seguía en su compañía, nunca me he apartado de su lado, excepto en ocasiones muy especiales, como esta.

— Eso quiere decir que usted vino porque él la envió.

— No, vine porque sé que en tan poco tiempo de conocerlo, es usted especial para él.

Annabel bajó su rostro al pozuelo y terminó de comerse todo, esas palabras la reconfortaron y le dieron ánimo.

— Si quiere mañana platicamos más y le diré algunas historias del Duque, ¿Si le parece?

— Sí, Gracias señora Marcy estaré deseosa de escucharlas.

— Entonces descanse.

La anciana tomó la cubierta y acurrucó a Annabel como a una niña y le cerró las cortinas, salió despacio, afuera la esperaba la señora Lyna.

—¿Lady Annabel comió?

— Sí observe.

— ¡Pero se lo comió todo!

— Las personas mayores sabemos convencer, también.

— Gracias, estaba preocupada por ella, que bueno que usted viniera es de gran ayuda.

— Es una alegría servir, la mayoría no quieren estar cerca de una antigüedad.

— No diga eso, estaba pensando pedirle que acompañara a mi Lady el tiempo que usted esté con nosotros.

— Será un placer.

Lady Annabel durmió toda la tarde y la noche, al otro día por igual, así pasó tres días, la señora Marcy le llevaba su merienda, comida liviana y posteriormente la dejó dormir.

Todos comprendieron que la joven estaba débil y dejaron que se repusiera.

Al cuarto día, llamó a su doncella para que la ayudara a tomar un baño y a vestirse, cuando descendió al comedor la señora Marcy la esperaba:

— Buenos Días Lady Annabel.

— Buenos días señora Marcy, al parecer que hoy está más soleado.

— Sí aunque muy frío.

— Me gustaría conversar con usted.

— Sí claro, cuando terminemos de desayunar nos vamos por ahí.

De pronto se escucharon voces, y apareció el señor Duban:

— Buenos días Lady Annabel, señora Marcy, mi Lady tenemos la visitas del Baronet Sir. Erick Laner III, su madre la eñora Catalina y señoras Nicol, su padre me informó que ellos nos visitarán ha mediado de mes, más considero que le ha surgido un imprevisto y están en el gran salón esperándola.

— Gracias Duban, inmediatamente los atiendo.

Los Laner eran una familia amiga de su padre, la señora Caterina era de

nacionalidad americana y se había enlazado con el Baronet Sir. Erick Laner II, ulteriormente de quedar viuda, ella había tratado de captar la atención de su padre, pero hasta ahora había sido en vano, además, la dama ambicionaba que hubiera un compromiso entre su hijo y Annabel, creando encuentros por todos los medio posibles, a diferencia de su madre, la señorita Nicol era la mejor amiga de Annabel, lo malo que el paquete estaba completo visitando y sin la presencia de su padre, sería insoportable las continuas insistencia de la señora Caterina.

— Señora Marcy... ¿Podía pedirle que fuera mi carabina mientras los Laner nos visitan? Pues la señora Lyna está muy ocupada y ahora con...

La joven se quedó de pronto callada y la anciana comprendió así que respondió:

— No se preocupe, seré su carabina y mantendré todo en orden.

— Gracias señora Marcy, no se le olvide que tenemos una conversación pendiente.

Las dos caminaron hacia el gran salón, Annabel más tranquila al tener el soporte de la señora Marcy.

Al llegar Nicol salió al encuentro de Annabel.

— Annabel amiga —, las jóvenes se abrazaron y sonrieron, pero de pronto se escuchó una voz.

— Señorita Nicol, esas no son cortesías al saludar.

Inmediatamente las damas se incorporaron e hicieron una reverencia.

— Bienvenidos... Señora Caterina, Sir Erick Laner—. Lady Annabel hizo una cortesía.

— Muchas Gracias Lady Annabel Scott —. El caballero tomó su mano y con picardía la besó.

— Buenos días querida —, comentó la señora Caterina, con familiaridad, dando un beso en la mejilla de la muchacha.

Esa era la dama, llamaba la atención a los demás por sus malos modales más ella se creía excluida de ellos.

Lady Anabel con tranquilidad indicó:

— Les presento a señora Marcy ella es mi carabina en ausencia de mi padre.

La señora Caterina echó un vistazo la anciana y supo que no tenía ninguna competencia.

Sir. Erick se acercó a la anciana e hizo una reverencia, expresó:

— Un gusto, señora Marcy.

La anciana lo miró e hizo una inclinación, más no expresó palabras.

— Es agradable conocerla —. Expresó señora Caterina.

La anciana hizo otra reverencia, pero no dijo nada.

La señorita Nicol no pronunció palabras e hizo una cortesía, la anciana le respondió, haciendo lo mismo y le sonrió.

Lady Annabel les informó que estaban por tomar el desayuno y les expresó:

— Les invito a desayunar, si gustan pueden pasar.

Todos pasaron al comedor.

La Señora Caterina explicó:

—Le escribí al Conde que vendríamos ha visitarlos a mediado del mes, pues estamos supuestos a pasar dos semanas en residencia de los tíos de mi difunto esposo, pero al llegar, nos dimos cuenta que estaban en Londres, espero que no sea ninguna contrariedad nuestra estancia.

Lady Annabel percibió a la señora Lyna que había entrado al salón, y expresó:

— No, para nada, así me acompañan, en lo que mi padre retorna.

La Señora Lyna saludó con una reverencia y se sentó en la mesa, la señora Caterina frunció el entrecejo, ya que se dio cuenta que la dama ingresó,

que era bella, elegante y joven, y caviló para sí, como esa mujer siendo una empleada, compartía la mesa con los Wellingtone con tanta autoridad, y recapacitó, que cuando fuera ella la Condesa la despediré y no permitiré que los empleados se sienten con sus amos.

Lady Annabel conociendo el pensar de la señora Caterina dijo:

— Quiero presentarles a la señora Lyna, Baronesa de Murques, ella consintió hacer la dominé de modales, pero en realidad se ha convertido en la Dama de Wellingtone.

La Señora Caterina plantó su mirada en ella e hizo un leve movimiento de cabeza.

La señora Lyna había estado dos meses en la mansión del Conde de Wellingtone y había crecido una gran amistad entre ella y El Conde, al extremo, que Annabel especulaba que ella significaba algo para su padre, aunque no habían llegado a un acuerdo claro, pero Annabel sabía que era cosa de tiempo. Ella estaba feliz por su padre, pues tendría una compañía, pero al ritmo que iban los acontecimientos, tendría que ayudarlo.

**

El día transitó ajetreado para Annabel, en atender a los invitados, tratar de evadir a la señora Caterina y sus preguntas, las atenciones de Sir Erick, ya por la tarde se escondió en su alcoba. Respiró profundo y trató de pensar en el Duque... Miró por los ventanales hacia el ocaso y caviló dónde estaría.

El Duque estaba en su biblioteca, poniendo todo los papeles en orden para viajar a Londres, en tres días tendría que estar en la ciudad de Westminster en la cámaras del Parlamento; Para él era una gran responsabilidad, representar la os Lores en el Parlamento siendo el más joven, era el primer Lord que a la edad de treinta años tenía tal compromiso.

Escuchó unos toquecitos en la puerta, era el mayordomo y le expresó:
—Su excelencia, llegó una carta del Rey.

El Duque la tomó y enseguida la abrió y esta decía:

Johan Ronell Rodhersay III, Rey de Inglaterra por la gracia de Dios,
Lord de Irlanda, Duque de Normandía y Aquitania, Conde de Brunek y
Marqués de Sandburg.

Al Duque James Hamilton de Rodhersay y Marqués de Galton.

Sabed que ante Dios, estoy en paz al saber que mi sobrino será el
representante de Escocia en el Parlamento. Es una gran responsabilidad, pero
de igual forma sé que tendrá un excelente desempeño, de la misma forma que
lo hizo su padre, mi hermano, sabiendo el modo como estuviste educado, sin
duda tomarás las mejores decisiones. Mi apoyo y respetos siempre lo tendrás.

Postdata: Espero veros en el palacio por su visita por Londres.

At: Juan Ronell Rodhersay III, Rey de Inglaterra.

James dobló la carta y la colocó en su bolsillo, observó hacia la estancia
donde unos días atrás había estado junto a Annabel, cerró sus ojos al saber
que ese hermoso sueño estaba esfumándose de sus manos, pues ahora tendría
una responsabilidad mayor.

Capítulo IV

Los días transitaron lentos para Annabel, había transcurrido dos semanas y no había escuchado nada del Duque.

Los invitados estaban preparándose para marcharse, la señora Caterina por fin había desistido de unirla a Sir. Erick, y además, estaba muy fuera de su entorno, a darse cuenta que a la mansión de los Wellingtone, no llegaba invitaciones de fiestas y banquetes, como ella estaba acostumbrada, así que, decidió marcharse cuanto antes.

—Adiós... Adiós Nicol... Decía Annabel desde el umbral de las puertas de entrada.

A su lado la señora Marcy y la señora Lyna.

Al día siguiente cuando estaba en la biblioteca entró el señor Duban;

—Lady Annabel correspondencia de su padre.

A la señora Lyna se le abrieron los ojos.

La señora Marcy se disculpó y indicando:

—Tengo algunas cosas que hacer en mi cuarto, las veré más tarde —. Y salió de la biblioteca.

Su padre le escribió y le decía:

Annabel, mi princesa hermosa, aquí el clima está cálido, aun así no es lo mismo sin su compañía y la compañía de la señora Lyna, en verdad, desearía estar con ustedes, espero terminar en unos días, ya que estarán resueltos los primeros asunto que me trajeron a Londres, y muy pronto estaré de vuelta, tengo muy buenas noticias.

Postdata: Me encontré con el Duque de Rodhersay en el Parlamento, me refirió de su estancia en su Castillo.

Saludos a señora Lyna de mi parte.

Las extraño.

El Conde de Wellingtone.

Annabel leyó las últimas palabras una y otra vez, El Duque... James estaba en Londres... Pensó para sí... y miró a la señora Lyna que escuchaba atentamente, como Annabel leía la carta en voz alta y como sus ojos se le llenaban de luz, al escuchar que el Conde la extrañaba.

**

Los días continuaban transcurriendo, era un día frío, cuando escuchó el sonido de un carruaje en la puerta, era su padre que con brazos abiertos la recibía.

— Oh padre qué alegría, ya está de regreso.

— Más alegre esta este anciano, de volver con ustedes, princesa.

Señor Duban tomó su gabán y sombrero.

— Gracias Duban.

— De nada Mi Lord.

— Señora Lyna, El Conde hizo una reverencia, tomó la mano de ella y le dio un fuerte beso.

Lady Annabel los observó y a la vez entendió, cómo se sentía su padre y la señora Lyna al encontrarse de nuevo, podía ver aquellas miradas lo que escondía y por primera vez, ella sentía lo que era extrañar a una persona, tan profundamente, que hasta le dolía el corazón.

— Padre le presentó a la señora Marcy, ella fue la institutriz del Duque de Rodhersay.

— Un gran placer, señora Marcy, me encontré con el Duque en Londres y

me quedé sorprendido al ver como se parece a su padre.

— Sí, mi Lord, es la viva imagen del difunto Duque.

— Bueno damas me retiro voy a descansar y las veré para la cena.

Indicando eso el Conde hizo una cortesía y se marchó a sus aposentos.

La señora Lyna también se marchó.

Lady Annabel preguntó a la señora Marcy si la podía acompañar a su recámara, la octogenaria entró y se sentó junto a la cama en un diván:

— Señora Marcy —. Annabel titubeo antes de preguntar —. ¿El Duque está...?

La anciana sabia de quien quería hablar y le evitó la interrogación.

— Lady Annabel, el Duque no está comprometido aún en maridaje, aunque es uno de los Duques más jóvenes, su padre le dejó muchas responsabilidades, además —. Hizo una pausa y continuó —, él no ha permitido que su tío ni nadie busquen esposa para él, está educado para saber elegir.

A Lady Annabel se encogió de hombros, al recibir la respuesta a una pregunta, que sólo se había formulado en su mente, y que no había tenido la necesidad de hacerla, ya que la anciana sabía que ella estaba sintiendo.

— ¿Señora Marcy es normal que una dama sienta cosas por un caballero?

— Es normal señorita que eso ocurra, aunque le diré que hay cosas que nos son ocultas, y por más deseos que poseamos no llegarán hacerse realidad.

— Sí lo sé, es que por más que trato, no consigo apartarla de mis pensamientos.

— Pues en tal caso, pídale a Dios que si no está en sus designios que las saque de su mente y corazón.

— ¿Cómo se lo pido?

— Muy sencillo, pídeselo con sus palabras y al final dígame en nombre

de Jesús.

— ¿Por qué al final en nombre de Jesús?

— Porque Dios exclusivamente escucha a sus hijos, aquellos que han hecho su decisión por Jesús, y ese nombre es la clave para que el Padre Celestial nos escuche.

— ¿Usted cree que Dios me respondería?

— ¿Mi Lady cree usted en Dios?

— Desde luego señora Marcy...

— ¿Y usted hace lo que él desea?

— Creo que sí, aunque solo le hablo a él, por medio de mis plegarias.

— ¿Y usted no lo escucha?

— No mucho, únicamente cuando escucho el vicario, los domingos.

— Hay muchas formas de escuchar a Dios, pero lo más importante es poner en práctica lo que él desea que hagamos.

— Hay más de una forma de que Dios hable, señora Marcy.

— Si hija, hay muchas, El Libro Sagrado es la manera principal, y es la más importante en que oímos a Dios hablarnos, es mediante la Santa Escritura, la cual, es su revelación escrita para la humanidad entera. Nunca debemos subestimar el poder de la Escritura como un instrumento de Dios para hablarnos de una manera personal; Si creemos haber oído a Dios, pero lo que oímos contradice las Sagradas Escrituras de alguna manera, podemos estar seguros de que lo que estamos oyendo no es la voz de Dios.

— Entonces señora Marcy necesito un Libro Sagrado.

— Jjajaja, tendremos que buscarlo, otra forma que Dios habla es la suave y tranquila voz de Dios. Cuando Dios nos habla de esta manera, sabemos que algo está bien, tenemos un fuerte sentimiento de ir hacia delante en una dirección, o vemos algún asunto que hay en nuestro corazón y la respuesta está clara para nosotros; en el mundo secular lo podrían llamar

intuición o un sexto sentido, sin embargo, para los hijos de Dios es una voz que habla directamente a nuestro espíritu.

— ¡Oh! No se si lo he escuchado de esa forma.

— Del mismo modo mi Lady lo hace por otras personas. Dios puede hablarnos, y a menudo lo hace, una palabra de aliento, o de advertencia muy directa por medio de otras personas; esto puede suceder en la oratoria del Vicario el Domingo, en la enseñanza que recibimos, por medio de un amigo y aun a través de conversaciones que tenemos con otros. Sea cual sea el método, cuando el Señor usa a alguien para hablarnos, sus palabras nos llegan de manera profunda, como cuando alguien enciende la luz en medio de la oscuridad.

— En este momento señora Marcy, Dios me está hablando a través de usted.

— Eso es un alegría saberlo Mi Lady, Dios nos habla de muchas manera, por medio de su creación. ¿Usted ha sentido alguna vez la presencia de Dios en una puesta de sol, en una linda flor o hasta en una intensa tormenta? A veces la gran belleza en la naturaleza o incluso en una verdad moral, puede ser el vehículo para una palabra directa de Dios.

— Sí, he sentido alegría al ver el hermoso amanecer, y he sentido el poder de Dios al ver la fuerte tormenta, y e visto la grandeza de Dios al ver una flor abrirse al nuevo día.

— Se da cuenta que Dios nos habla, en el Libro Sagrado Dios usó un arco iris como señal de su pacto con Noé (Génesis 9:16). Usó el rocío sobre un vellón para ayudar a dirigir a Gedeón (Jueces 6:36-37). Hizo que una higuera se secó porque no daba fruto (Mateo 21:19-21). Si toma el tiempo de detenerse y mirar a su alrededor, puede que se sorprenda al descubrir que Dios habla por medio de su creación.

— Lo voy hacer más a menudo, señora Marcy.

— Jjajajaja, sí, eso es un buen ejercicio para escuchar a Dios, ahora será mejor que la deje descansar, para que esté lista para la cena.

Señora Marcy salió lentamente y cerró la puerta detrás de ella, con cuidado.

**

A la hora de la cena Annabel descendió, ya estaban todos en la mesa esperándola, comieron plácidamente, luego se dirigieron al salón grande.

—Hoy me siento como un Rey rodeado de hermosas damas.

—Gracias Conde —. Dijo la señora Lyna sonrojándose.

Las otras dos damas sonrieron plácidamente.

— Señora Marcy ¿cómo se ha sentido en su estadía en Cawthon?

— Muy complacida con la compañía de Lady Annabel Scott y señora Lyna.

— Padre la señora Marcy fue de gran ayuda cuando Sir Erick, la señora Caterina y Nicol nos visitaron.

— Muy agradecido por el apoyo y la ayuda ofrecida a estas damas, señora Marcy.

— Fue un placer Mi Lord.

— Cuando encontré al Duque en Londres, me informó que se presentaría en la cámara de Loes como representante de Escocia, fue una sorpresa saber que siendo tan joven tuviera tan grande responsabilidad.

— La verdad Mi Lord que el Duque fue educado para esa y mayores responsabilidades, si llegare el momento.

— Sí, debe ser muy fuerte, quedar con la responsabilidad de ser Duque, además Márquez y como si fuera poco, heredero de la corona si su tío no logra tener primogénito.

Lady Annabel abrió los ojos, como si hubiese recibido una mala noticia.

Desde luego ya recordaba su cara, era muy parecido al Rey... Claro si era su sobrino... Él era. Él... cómo no acordarse de eso, había visto su foto en los libros de historia de reyes y descendientes a la corona. Levantó la vista y miró a la señora Marcy.

Su padre no se dio cuenta de nada y prosiguió hablando con la señora Marcy.

—Es un honor para mí que el Duque cuidara de mi hija, y desde luego, muy agradecido de usted por su interesa y preocupación por ella.

—En realidad ha sido un placer compartir con ella, y a la vez unas vacaciones es estar en su mansión.

La conversación giró entre el viaje, del clima, de cómo había estado la visitas de Sir. Erick, la señora Caterina y la señorita Nicol, de sus planes y por supuesto del cumpleaños de Annabel.

En todo aquél tiempo, Lady Annabel no podía dejar de pensar en la información que había escuchado momentos antes... El Duque era heredero a la corona de Inglaterra...

— Annabel hija —. Decía su padre, pero ella no escuchaba, estaba perdida en sus meditaciones...

— Perdón Padre... decía.

Su padre la contempló interrogante y le señaló:

— ¿Te sientes bien? Te siento distante.

— En realidad estoy muy cansada, Padre.

— Entonces será mejor que descanses, mañana será otro día, platicaremos más a gusto.

— Sí, buenas noches, señora Marcy, señora Lyna, padre —. Hizo una reverencia y se alejó, pero antes pasó por la biblioteca y buscó el libro de los descendientes, lo tomó y cuando llegó a su habitación y su doncella la ayudó a prepararse para la cama, le indicó:

— Mary puede dejar una Luz encendida.

— Desde luego, mi Lady.

Al estar a solas, buscó entre el libro la descendencia, y miró como su Duque era el próximo al trono, si Él Rey Johan Ronell Rodhersay III no llegaba a lograr un heredero. Abrió la boca asombrada.

En aquel momento, recordó que él poseía esas características, noble, fuerte, culto, educado, y sobretodo sabía cuando parar, y recordó cuando la atrajo a él y casi le daba un beso, pero se detuvo y se compuso, tomó sus manos y las llevó a sus labios, se dijo, sí sólo la hubiese besado, hubiese tenido el sabor de su piel, pero él paró...paró... Volvió a llorar y esta vez con dolor, con desesperación al darse cuenta que el caballero que tocaba la gaita en señal de un adiós era el Duque. Lloró desesperadamente y sin consuelo. Ya al amanecer, quedó dormida con la bolita de cristal en sus manos, lo único tangible que le quedó de él.

Al finalizar el desayuno su padre le expresó que deseaba que fueran a la biblioteca, pues tenía un asunto que dialogar.

— Entrá Annabel y cierra la puerta por favor.

Ingresó y cerró la puerta, detrás de ella.

— Dirá usted, padre.

— Siéntate hija, quiero departir un asunto delicado contigo.

Annabel tomó asiento y se quedó atenta a lo que su padre quería decirle:

— Es algo muy delicado, pero ha llegado la hora que sepas toda la verdad de su origen —. El hizo una pausa como buscando las palabras adecuadas —. Lo que le voy a contar es respecto a su madre...

Annabel abrió los ojos y comentó:

—Padre, usted nunca me ha conversado sobre mi madre, ¿Por qué ahora?

—Porque estaba esperando el momento adecuado, recuerda que le comenté antes de partir que tenía que resolver un asunto, que competían a su

seguridad.

—Si padre lo recuerdo.

— Seré franco con la historia y a la vez directo.

Lady Anabel asintió.

—Usted es hija de Lady Ana Burleg, nosotros nos conocimos antes de contraer nupcias con mi difunta esposa, luego de quedar sólo, por la partida de Emily, volví a verla, fue un regalo de Dios, ella estaba comprometida para enlazarse con un Duque muy anciano de Londres, por mí parte, en ese tiempo había quedado viudo... Ella desahogó sus penas y a la vez desahogue las mías. Posteriormente de varios meses, alguien dejó una hermosa niña en mi puerta con una nota.

Pasó la Nota a Annabel para que la leyera y decía:

Querido Bruce, dejó en sus manos el regalo más hermoso que jamás nadie pueda darme, cuídala, protégela y que ella sea la alegría de vivir que le falta. No puedo llevarla conmigo, pues mi esposo nos mataría a las dos, y mis padres, en verdad no sabría qué harían con ella si supieran de su existencia, sé que usted es especial, cuidaría de ella mejor de lo que puedo hacer en estas circunstancias, nunca le pediría nada a usted sino fuera por lo que está pasando en mi vida, esta princesa es la muestra de mi amor hacia su persona, aunque sé que el amor suyo tiene nombre, sin embargo, Dios se la quitó a destiempo, se que no puedo llenar ese vacío, sé que la pequeña Annabel si lo puede hacer, cuídala, como si estuvieras cuidando la hija que su amada Emily le diera.

Se que Dios recompensó su dolor y le envió a este pequeño ángel.

Posdata: Ella será tu alegría Inesperada.

At: Lady Ana Burleg.

Lady Annabel contemplaba la carta, sin entender porqué su padre no se

lo había dicho antes.

—Mira hija esta es una segunda nota que vino contigo.

Prométeme Bruce, que esperaras al cumpleaños número veinte de Annabel, para hablarle de mí. Si quedó libre antes, los buscaré, sino espera a su cumpleaños, a su tiempo busca mi hermano, él le dirá que hacer.

AT: Lady Ana Burleg

La respuesta a su preguntas mentales llegó en esa pequeña nota, su padre estaba cumpliendo los deseos de su madre.

Posteriormente de un momento en silencio el Conde explicó:

— Para buscar al Conde de Burleg hice el viaje, para mi sorpresa él sabía el motivo de mi visita, él estaba esperándome, mi amigo el Conde de Burleg su tío, me informó que su hermana La Duquesa de Conterbrig, le había informado de su existencia días antes de —, hizo una pausa y se pasó la mano por el cuello y dijo simplemente —, de fallecer.

Como su hija no le hablaba y únicamente miraba las hojas de papel que estaba en sus manos continuó:

— Lady Ana Burleg murió a consecuencia de una fiebre que contrajo su esposo el Duque, y a su muerte, ella se había contagiado. Fue muy triste saber de su defunción.

Se detuvo para tomar aire.

—Ella dejó instrucciones precisas, de que todos sus bienes y tierras fueran heredados por usted, su hija.

Annabel levantó la vista y observó a su padre incrédula de lo que estaba pasando. No expresó palabras.

Su padre al ver la expresión de asombro prosiguió.

— Tomé todos los documentos y fui a Londres para poner todo en orden... Los abogados me informaron que al ser declarada como hija mía y de mi difunta esposa, no eres ilegítima, aunque no se le traspasa el título, al ser

una dama, y por parte de su madre, aunque era la Duquesa de Conterbrig, no serías hija declarada, entonces vendrías a ser ilegítima, por esa razón decidí dejar las cosas como estaban, si usted decide algo diferente, entonces, se harían los papeles adecuados, aunque usted es la propietaria legítima de todos los bienes de la difunta Duquesa, ella le heredó todas las propiedades y fortuna que ella poseía.

Annabel miró a su padre y con voz tenue preguntó:

— Padre ¿cómo era mi madre?

El Conde no supo qué decir, simplemente le indicó:

— Traje un obsequio que le responderá —. Se puso de pie, se dirigió a un cuadro tapado, se volvió a Annabel y le indicó:

— Ven pequeña, cuando quieras puedes descubrirlo.

Annabel se acercó y tomó el lienzo que lo cubría, miró a su padre y este asintió, ella con un movimiento lento, dejó el cuadro al descubierto.

Era la viva imagen de ella, pero con el pelo castaño. Annabel no dejó de mirarse reflejada en el lienzo, y supo que esa era su madre, la mujer que le había dado la vida, las lágrimas cayeron por su mejillas, al darle la gracia por el regalo de la vida y por escoger a ese caballero para que fuera su padre, se encaminó hacia el Conde y lo abrazó.

Le expresaba entre sollozos:

—Gracias Padre... Gracias.

El Conde abrazó a su hija y le susurraba:

— Gracias a usted mi pequeña por devolverme la vida, su madre poseía toda la razón, usted me devolvió el deseo de vivir, mi princesa —. Los dos lloraron abrazados.

Posteriormente de recomponerse, el Conde expresó:

— Será mejor que nos alegremos, su madre no le gustaría vernos llorar, ella fue siempre muy divertida, como lo es usted princesa.

Levantó la cara de su hija, la miró a los ojos y secó sus lágrimas con su pañuelo.

— No quiero volver a verle llorando de este modo —, Se aproximó a una mesa y sacó unas cajas —. Miré estos son unos regalos que le he traído.

Ella avistó hacia la mesa llena de cajas y contempló incrédula a su padre.

— Padre ¿Qué es todo eso?

— Son recuerdos que dejó su madre para usted, además algunos que le compré.

— ¡Oh padre!, No debió tomar tiempo para eso.

— Claro que debí, eres mi princesa.

Annabel abrazó a su padre y le expuso:

— Ya es tiempo de que encuentres una Reina... Jjajajaja

— Annabel... Jjajajaja... creo que encontré una.

— Sí, qué alegría, estoy feliz por ustedes.

— No mi niña me refiero a que la encontré a usted.

— Soy sólo su princesa, me refiero a una Reina.....Jjajajaja.

Los dos sonrieron porque no había que decir más, pues los dos sabían de quién se referían.

Ellos colgaron la pintura de Lady Ana Burleg en la sala familiar.

— Si algún día usted se enlazara Annabel, si quiere puede llevar la pintura con usted, para que enseñe a sus hijos su abuela.

Annabel se encogió de hombros, en aquella posición tan bien conocida por su padre, cuando ella sabe las cosas pero no las quiere decir.

— ¿Pasa algo princesa?

— No Padre, todo bien.

El Conde caminaba hacia el pasillo, cuando Annabel indicó:

— Padre ¿Y los familiares de parte de mi madre?

— Sólo queda su tío, el Conde de Burleg.

— Oh, ...

— Él quiere conocerla, lo invité para la fiesta de su cumpleaños.

— Una fiesta padre, pero nadie vendría.

— Claro que todas las personas que invité vendrán, no se preocupes, que su padre se encargó de todo. No todos los días cumpleaños una princesa.

Jjajajaja

Ella volvió a encogerse de hombros y su padre supo que algo no andaba bien con su hija.

— Qué le parece, si viaja a Londres, para que se compre un hermoso vestido para su cumpleaños.

— Eso no será necesario, puedo enviarlo a confeccionar al pueblo.

— Claro que lo no, hablaré con la señora Lyna y la señora Marcy para que le acompañen.

— Padre no, yo estoy bien con lo que tengo.

— No se hable más, mañana viajarás con ellas a Londres y visitarás a una de esas madame que hacen vestidos a Duques y a sus esposas.

Al día siguiente, la señora Lyna y la señora Marcy acompañaban a Annabel, a Londres, donde una atelier que confeccionaba vestidos a Duque, Marqueses y sus familias.

Annabel no comentó nada camino a Londres, a mitad del camino, el carruaje frenó en una posada, para que las damas comieran y descansaran, al día siguiente, continuaron el viaje.

Al oscurecer el día, llegaron al gran Hotel de Londres. Estaban por registrarse, cuando un Lord reconoció a la señora Marcy.

— Señora Marcy que gusto es verla.

— Cómo está Lord Browinster —. Dijo la anciana.

— ¿Viene a visitar al Duque? —, sin esperar respuestas prosiguió —. Él ha hecho un excelente trabajo en el parlamento.

— No Conde, estoy acompañando a Lady Annabel Scott y a la señora Lyna.

— ¿Eso quiere decir que se hospedaran en el hotel?

— Sí, así es...

— No creo que al Duque le guste escuchar que usted se hospeda en un hotel, teniendo él una mansión al cruzar la calle, y sola, pues él está en Westminster.

— Es que las damas, me acompañan.

— Con más razón, permítame presentarme soy el Conde de Browinster, un amigo casi hermano del Duque, y juzgo con todas mis fuerzas y por la amistad que me une a él, que ustedes damas estarán mejor y más protegida en la mansión, al mismo tiempo, si él sabe que las dejé registrarse en un hotel me mataría, y estoy convencido de que nunca me lo perdonaría ¿No es así señora Marcy?, usted lo conoce mejor que nadie.

La anciana asintió con la cabeza, y dejó que el caballero diera instrucciones a los lacayos, para que cambiaran de hospedaje.

El Conde de Browinster ayudó a subir a las damas al carruaje y les comunicó:

— Fue un placer encontrar las damas, espero verlas pronto.

— De nuestros saludos al Duque, cuando lo vea —. Dijo la señora Marcy.

— Así lo haré, señora Marcy —. Y con una reverencia se alejó.

Rápidamente salió antes que ellas, en poco tiempo los lacayos pararon y las damas descendieron a las puertas de una lujosa mansión, inmediatamente,

las recibió un anciano, que saludó a la señora Marcy con familiaridad.

— Señora Marcy qué alegría verla por estos lugares.

— Gracias, Thomson.

— Ellas son Lady Annabel Scott de Wellingtone y Señora Lyna.

—Un Placer Mi Ladis, síganme, las llevaré a sus recámaras, deben de estar cansadas.

— Thomson ¿el Duque está en Londres?

— Sí, señora Marcy, pero creo que no vendrá hasta el lunes en la noche...

Al escuchar la conversación, Lady Annabel se puso triste pues el lunes partían a Wellington.

— Les enviaré algo de comer a sus recámaras, pero si desean bajar.

— No está bien Thomson, estamos muy agotadas, es mejor que la envíe las bandejas a las recamaras —. Diciendo esto la señora Marcy miró las dos damas y ellas asintieron con la cabeza.

La Mansión estaba muy distinguidamente decorada, la recámara que le tocó a Annabel, estaba en el segundo nivel, cuando ella ingresó, observó que era digna de una reina, todo lo que rodeaba al Duque era digno de un Rey, recapacitó que así debía ser, pues en eso algún día se convertiría, pensó en él, tan cerca que estaba una vez más y tan lejos.

**

A la mañana siguiente, se encontró con las damas para desayunar.

—Buenos días Mi Lady —. Dijo el señor Thomson, el mayordomo —. Su desayuno la espera.

Annabel asintió con la cabeza y siguió al anciano, en el comedor ya estaban las damas.

Al terminar la señora Lyna indicó:

— Hoy iremos con la señora Conroll, una Dama que tiene en venta los

mejores vestidos de Londres.

— ¿Y la señora Marcy?

— Ella se siente muy cansada del viaje, quiere descansar.

— Comprendo...

Las dos pasaron el día midiéndose vestidos.

Llegó a oídos de la señora Conroll que estaban hospedadas en la mansión del Duque de Rodhersay.

— ¿Son familia del Duque? —, preguntó la dama sin ningún tapujo.

— No, somos amigas de un familiar de él —. expresó la señora Lyna evitando dar detalles, para que no comenzarán los cotilleos.

La dama se limitó a presentar los vestidos y accesorios.

— Si quieren puedo enviar más vestidos a la mansión del Duque, así pueden eligen con más calma.

— Es una buena idea.

— Pues más tarde se los envío.

— Gracias —, dijo Annabel aliviada de salir de aquel lugar.

Por la tarde, llegó una dama acompañada de varias doncellas, cargando muchas cajas. La hicieron pasar y Annabel eligió algunos vestidos más, esta vez, con la ayuda de la señora Marcy, la anciana tenía muy buen gusto.

Esa noche la señora Marcy se le aproximó, luego de la cena y le expresó:

— Lady Annabel, antes de viajar a Londres, hablé con su padre y le comuniqué que partiría, después de su cumpleaños, ya estoy vieja y necesito estar en mi residencia.

— Gracias por esperar mi cumpleaños señora Marcy, estaría muy triste si hubiese decidido marcharse antes.

— Desde luego que no me perdería esa fiesta.

— Tal vez el Duque pueda asistir.

— No creo Lady Annabel, él debe estar en el parlamento a final de este mes, y a comienzo del próximo, no creo que le sea posible hacer un viaje a Wellington en esa época, ya que esos son los días ajetreados del parlamento.

— Entiendo, ya sé que él es...

— Sí y como verá, sus probabilidades de estar juntos son muy... escasas por no decir imposible mi niña, así que usted debe ser fuerte y reconocerlo, en verdad Lo siento.

Annabel se le llenaron los ojos de lágrimas, pero indicó:

— Lo sé y lo entiendo señora Marcy...

— Que no daría esta anciana para que él fuera feliz —. La anciana se le aproximó y le puso una mano en el hombro —. Lo que no quiero es que usted se haga falsas esperanzas y sufra.

Lady Anabel descendió la cabeza y se encogió de hombros, se despidió de la anciana y subió a su recámara.

Esa noche no descendió a cenar, envió a decir que se sentía indispuesta, así que se quedó en su habitación.

El Domingo ya estaba todo preparado para marcharse el lunes temprano.

Lady Annabel quería cuanto antes partir para no encontrarlo.

Cuando alguien tocó a su puerta, era el señor Thomson.

— Buenas Noches mi Lady, alguien la espera en la biblioteca.

Y sin esperar respuesta, se marchó.

Ella se preguntó: ¿Pero quién sería? ¿Tal vez era la señora Marcy? para...Arreglar algo del viaje.

Se puso una capa por encima del batín y salió, cuando bajaba por las escaleras sintió que unas manos le hacían por detrás, de pronto inhaló el

aroma y supo que era el Duque...

La apretó hacia él y le susurró al oído.

—Me gustaría detener el tiempo.

Annabel agarró sus manos que la abrazaban por la cintura y las lágrimas le corrían, de alegría, de gozo, al darse cuenta que él... él estaba con ella.

—¿Duque?

—Sí, supe que estabas aquí y no podía dejar de venir, quería... quería... tocarla... Mirarla... Quería tener su aroma en mi mente por siempre.

Los dos quedaron abrazados un largo rato, él abrazó Annabel por detrás con sus dos manos como si ella fuera una muñeca, ella se quedó quieta para poner en su memoria ese momento.

— Será mejor que me dejes ir su excelencia... Me esperan...

— No han esperado más que este pobre Duque.

— Sabes que no podemos... Sabe que no es debido...

— Por favor déjame disfrutar este momento, luego la dejaré libre.

Annabel lloró al escuchar esas palabras... Libre...Libre.

El Duque la soltó, ella comenzó a bajar los escalones, pero de pronto se volteó y corrió hacia él. Se abrazaron y los dos se aferraron uno al otro.

Él le colocó una mano en el hombro y sintió el calor de la piel debajo de la bata, tuvo que hacer un gran esfuerzo, por no continuar con la inspección por su espalda hacia territorio prohibido. Posó su boca sobre la de ella. Al fin, cada músculo de su cuerpo pareció suspirar aliviado. La sensación era tan placentera que por un momento, él permaneció inactivo, limitándose a sentir los labios de Annabel pegados a los suyos. Entonces, se sumergió en la sensación y dejó que ésta se apoderó de su ser. Dejó de pensar en lo que estaba haciendo y se dejó ir, besando el labio superior de Annabel, luego el inferior, estampillado sus bocas, jugando con sus expresiones... Un beso daba paso a otro, convirtiéndolo todo en una sucesión voluptuosa de caricias, y

suaves roces.

James sintió un placer desbordante, que recorrió cada vena y nervio de su cuerpo. Que Dios lo ayudara; no quería que aquello acabara nunca. Él, la besó tiernamente, luego más profundamente: deseaba más, más, pero era consciente de su inocencia y no quería precipitarse.

Ninguno de los dos supo cuánto tiempo estuvieron besándose, pues lo que los dos sentían estaba fuera de ellos.

Ella lo besaba con una mezcla de rabia y dolor; rabia, porque no había vuelto a saber de él, dolor porque sabía que eso que sentía era imposible.

Él sentía que se moriría en aquel beso, él quería tomarla en brazos y escapar donde nadie los conociera, donde su felicidad fuera plena. Buscó el sabor de sus labios para recordarlo por siempre.

Lady Anabel disfrutó aquel instante de gloria y dejó de pensar, sin mirar, sin esperar.

Todo pasó tan rápido, se separaron los dos a la vez, sin querer hacerlo.

— Tengo que volver, sólo quería verla una vez más —. Sacó un regalo del bolsillo y se lo entregó —. Feliz cumpleaños por adelantado —, levantó la mano y acarició su cara. Bajó su cabeza y depositó un tierno beso en los labios de ella, al hacerlo ella cerró los ojos esperando más, cuando sintió que él se movía lo vio marchar.

Lady Annabel no sabía qué hacer si bajar o correr detrás de él o ir a su habitación, se sentó en el escalón sin poder moverse y lloró.

Posteriormente de un rato, apareció el anciano mayordomo y la ayudó a incorporarse, y le indicó:

— Será mejor que la conduzca a sus aposentos mi Lady, no queremos que la vean así —. Annabel asintió, fue a su recámara y se compuso, y dijo al anciano —. Ahora bajó.

—No hay porque mi Lady, ya su visitante se marchó.

Annabel comprendió que el mayordomo estaba hablando del Duque, el anciano hizo una reverencia y le entregó un sobre sellado con el escudo real, caminó lentamente y cerró la puerta detrás de él.

Al quedarse sola Annabel, no sabía si llorar o reír, él había estado ahí con ella, él...él... su príncipe... su amado...

Miró el regalo que estaba en sus manos y la carta que el anciano le había entregado, tomó la luz y la puso en la mesita al lado de la cama y también el regalo, ella se acostó y abrió la carta.

Decía:

Amor mío:

Hoy he tenido un utopía y por primera vez he sentido miedo, miedo a no verla más, miedo a no disfrutar de su presencia, miedo a caminar por la vida sin su compañía, nunca antes había sentido tanto temor, nunca antes había experimentado tanto dolor, sólo se compara al que sentí al ver el cuerpo sin vida de mi madre, y años más tarde, la misma expresión en el cuerpo de mi padre. Aun en ese tiempo estaba preparado para la angustia, pues sabía que sus almas reposarán en un lugar mejor. Pero amada mía, no sé qué rumbo tomará vuestras vidas, no la imagino lejos de mí, mucho menos en brazos de otro.

Esta noche una parte de mí se esfumó, se lo llevó el viento y se quedó con usted, ahora me siento solo, vacío en la oscuridad de mi alma y de mi corazón, y dando un vistazo con mis ojos infelices a un horizonte incierto sin usted.

Puedo sentir como mi ser se rompió en mil pedazos, desapareciendo la mitad más bella de ese ser roto, siendo imposible volver a recuperarla, pues esos pedazos esa mañana que partió del castillo, se fueron con usted. En un

sólo segundo toda una vida, con todas las ilusiones y esperanzas partieron contigo. Ya no sé qué hacer, ya no sé qué decir; Su llegada a mi vida fue tan inesperada, así también su partida. Únicamente quedarán los recuerdos en mi memoria de esa felicidad tan efímera.

Cuando desperté y asumí que todo estaba perdido, regresé a la cordura de mi realidad, y la cordura me recordó que tengo un deber que cumplir, un porqué vivir.

Lady Annabel Scott, toda mi vida fui criado para ser el sucesor del Rey... Mi padre siendo el menor hermano del Rey, falleció dejando bajo mis espaldas la responsabilidad de ser el próximo heredero a la corona, mi tío no tuvo descendiente con su fallecida esposa, aunque tiene dos años desposado con su segunda esposa, aún no se ha hecho el milagro.

Como comprenderá, llevo en mis hombros una enorme responsabilidad... Si Dios fuera condescendiente conmigo y me hiciera el milagro de que mi tío tuviera sucesor, sería el caballero más feliz del reino, para que eso ocurra, no sé cuánto tiempo habría que esperar, no creo que sea justo de mi parte pedirle que me espere, pues eso sería muy egoísta de mi parte, y como usted comprenderá, debo mi vida al reino, y si alcanzaré hacer Rey mi deber es enlazarme por alianza a otro Reino para continuar con lo que es correcto, por favor solo me resta decirle que mi corazón se fue con usted.

Con estas letras le informo que... La echo tanto de menos, que una vida entera no será suficiente tiempo para olvidarla, aunque mis obligaciones me alejen de usted, no tendré todo lo que quiero, pues exclusivamente ambiciono permanecer en sus cálidos brazos.

Postdata: El regalo debe abrirlo para su cumpleaños.

At: James Rodhersay II. Duque de Rothersay, Márquez de Burleg, Conde de Glasgow.

Al Annabel finalizar de leer, las lágrimas le corrían como un caudal de agua, sin poder parar, se acurrucó como una niña perdida, leyó una y otra vez hasta que se extinguió la luz...entonces sintió los brazos del Duque como la abrazaban, respiró su aroma y escuchó su voz, y por su mejilla corrían sin detenerse sus lágrimas, aquel dolor que sentía, únicamente su llanto la podían comprender.

Al día siguiente, descendió a donde estaban las damas y no comentó nada.

Todas desayunaron calladas.

Al finalizar Ella se disculpó.

Caminó por la mansión en busca de Thomas el mayordomo, lo encontró en la biblioteca.

— Buenos días Mi Lady, ¿En qué le puedo servir?

— Por favor entregue al Duque esta nota cuando el regrese.

—Será un placer mi Lady ¡Que tenga un buen viaje!

— Gracias Thomas.

**

Un instante después, las tres damas subieron al carruaje con destino a Wellington, ninguna de las otras dos damas podía ni siquiera imaginarse que la noche anterior estuvo el Duque en la mansión, ni tampoco el dolor que llevaba

Annabel en su corazón.

Pasaron dos días de camino, y la señora Marcy dijo a la señora Lyna;

— Lady Annabel no se ve bien, en todo el camino no ha probado bocado.

— Si me he fijado, debe ser los nervios de su cumpleaños.

— Es posible, ya se aproxima.

— Debe estar ansiosa y preocupada, para mi entender, es la primera vez que habrá celebración en Wellingtone desde hace mucho tiempo.

— Oh, entonces debe de ser eso.

El martes en la noche, llegaron muy cansadas a la mansión, las doncellas poco a poco sacaron las cajas que contenían los vestidos.

Esa noche en el comedor, el Conde indicó:

— Como les fue damas por los aires alegre de Londres, mi hermosa dama —. Expresó el Conde depositando un beso en la mano de la señora.

— Muy bien Mi Lord —, dijo la señora Lyna sonrojada.

— Parece que a la señora Marcy el viaje la agotó.

— No sólo a ella, también Annabel, está indispuesta esta noche.

— Entonces Madame seremos únicamente nosotros a la mesa esta noche.

— Sí, así parece —. Respondió la señora Lyna complacida.

Una semana después de haber llegado de Londres, Annabel en seguida del desayuno, fue al despacho de su padre y le inquirió:

— Padre, puedo pasar.

— Claro princesa, ¿le ocurre algo? Estas muy distante estos día. ¿Qué sucede?

— Padre sería...hizo una pausa como si quisiera no formular la pregunta.

— Dime Annabel cariño, no importa, dime, ya pronto serás una dama

con toda su edad, puedes confiar en mí... Cuéntale a su padre hija.

— Bueno padre. ¿Sería doloroso para usted si, bueno si no me enlazara?

—Jajajaja... Ya sé... lo que le aqueja son cosas del corazón.....Bueno... déjame pensar... para el título se necesita un descendiente varón... ¿NO?

—Sí, padre.

—¿Y la única descendiente es usted?

—Sí.

—Y si usted no se quiere enlazar, es decir... no habrá descendiente de este título cuando este anciano falte.

—Sí.

—A menos —, hizo una pausa —. Que vuelva a desposar a otra dama.

—Padre... Si...si...si... estaría muy contenta sí, sí... sí.

El Conde volvió a ver a su hija sonreír y le comentó:

—Entonces necesitaré de su ayuda, soy un vejstorio y no sé cómo cortejar a una dama.

—Claro... no se preocupe, le ayudare con la señora Lyna...

Y los dos se advirtieron y estallaron en carcajada —. Jajajaja.

— No creía que mi interés en la señora Lyna se notara.

— Bueno un poquito...

— Pero ahora debe ser más... Más evidente.

Y los ojos se le iluminaron, su padre comprendió que la pequeña Annabel estaba enamorada, y su amor debió ser imposible o no correspondido. ¿Pero de quién?

Lady Annabel estaba muy contenta ya que su padre estaba haciendo lo posible por cortejar a la señora Lyna, al verlos como hablaba y sonreía, ella estaba feliz.

Capítulo V

En Londres, el Duque estaba atareado con tantas reuniones y el consejo del Parlamento. Todo era nuevo para él, pero en sus momentos a sola, él no dejaba de pensar en Lady Annabel Scott, y que en pocos días cumpliría años, él quería estar con ella, pero las diferentes actividades y la última reunión del Parlamento, el día 20 de diciembre, se lo impedían.

Ese día estaba de camino al Palacio a compartir con su tío el Rey, que le había invitado para darle una noticia.

Lord James Rothersay estaba pidiéndole a Dios que fuera que la reina estuviera fecundada, porque aunque él fue educado para ser Rey, conocer a Lady Annabel lo hacía mirar la vida desde otro punto de vista. Quería su patria, más entendía que si él fuera el próximo Rey, tendría que enlazarse con la dama que fuera elegida por su tío. Cerró los ojos, y recordó a su amada... Su aroma, sus ojos, su sonrisa. Sería imposible para él elegir a la dama como su consorte, sabiéndose ser Rey —. Paso sus manos por sus ojos.

La puerta del salón de reunión del palacio, la abrieron los sirvientes y al ver a su tío sentado en un diván indicó:

— Su Majestad —. James hizo una reverencia al Rey.

— James, adelante, ustedes déjenos solo —, indicó a los otros cuatro caballeros que lo acompañaban —, mi querido sobrino venga —, tomó él mismo una copa y la colmó de vino —, toma tengo que celebrar con usted antes que todos lo sepan.

— Qué es eso tío... Estoy intrigado al verlo tan contento.

—Mi querido James, estoy rebotante de alegría, toda mi vida esperé este momento y ahora que estoy decayendo, la recibo, ha sido como colirios a mis oídos.

— Me sumo a su regocijo, pero cuál es la noticia que lo tiene a usted así.

— La Reina está en espera, y estoy tan feliz que no me contengo.

— Felicidades... Felicidades —. Dijo el Duque visiblemente alegre —. Que hermosa noticia... estoy contento, tendré un primo.

— Sí, que bueno es ver que usted se alegra, creía que le entristece la noticia.

— No tío al contrario, estoy tan feliz, igual o más que usted.

— ¿No me diga? —. El Rey contempló a su sobrino.

— Sí, estoy feliz por usted y por la Reina.

— Veo que tienes un brillo diferente en sus ojos.

— Estoy Alegre, y ahora más.

— ¿Y esa alegría tiene nombre de mujer?

— Sí, ahora que tendrá usted un heredero, quedaré libre de enlazarme con la dama a quien elija.

—Eso es, saliste más astuto que su padre y hasta que este Rey... Siempre sabes elegir las cosas por usted mismo, aunque lo de ser el representante del Parlamento lo heredaste a regañadientes de su padre.

— Sí, pero ser representante del Parlamento no es lo mismo que ser Rey.

Los dos sonrieron...Jjajajaja...

— Pero aun así, la hija del Duque de Homert está empuñando todas sus armas para su caza.

— Sí, pero no me aproximé por esos lares.

— ¿Cómo es la dama?

James suspiro antes de decir:

— Es tierna, educada, tiene la elegancia de una diosa y la majestuosidad de una Reina. Perdón tío es que.

— Sí, ya veo, esa dama le robó el corazón, sin decir el deseo de ser Rey...

El Duque descendió el rostro, ya que se sintió contento de que no sería el Rey y eso de seguro que decepcionará a su difunto padre.

Su tío comprendió lo que su sobrino cavilaba y comentó:

— Jjajajaja. Si su padre se viera en estos momentos, estaría maravillado de su alegría.

— Mi padre... mi padre no dejaría sus responsabilidades por una dama.

— Jjajajaja...

— Ven James sentémonos, bébete esto le hará falta.

Le entregó una copa y le comentó en voz baja:

— Como usted sabrá nosotros fuimos gemelos idénticos, hasta nuestro padre nos confundía, la única que nos identificaba era nuestra madre... algunas veces, comía dos veces pues las doncellas se turbaban por nuestro parecer, y siendo más audaz que su padre comía doble, él siempre fue más pacífico, más sosegado, como lo es usted.

Cuando crecimos me hacía pasar muchas veces por él, en esa época decía que los dos salimos a una misma vez, la anciana que nos recibió había fallecido, la única que sabía que su padre era el primero en nacer era nuestra madre.

El Duque abrió lo ojos par la declaración que su tío le estaba haciendo, más no lo interrumpió.

—Pero siempre deseaba en mi corazón ser el sucesor principal al reino, hasta que un día llegó el momento de unir el reinado y la única forma era enlazando el heredero. Entonces su padre se aproximó y me expresó:

— Johan, hermano, quiero que me ayudes.

— En qué puedo ayudarle hermano.

— Nuestro padre ha decidido enlazar al sucesor de la corona con la hija del Rey Kenthet de Francia.

— Sí, lo sé, y ese será su hermano.

Su padre me abrazó tan fuerte que nunca en mi vida se me olvidará aquel abrazo.

— Qué quiso decir eso tío.

— ¿No lo entiendes James? Tanto su padre como usted, tomaron la decisión correcta, los dos eligieron ser feliz, Dios le permitió a su padre ser feliz, lo libró de vivir amargado y triste, aprobó que pasara sus días al lado de la mujer que capturó su corazón.

— Sí, tío esa mujer fue mi madre.

— Así fue —. El Rey suspiró antes de proseguir —. Mi hermano conoció a su madre en Londres, en una visita que hicimos al Marqués de Budget, ella era la más hermosa flor sobre la tierra, eso decía su padre...

— Y él cedió su — El Duque no terminó la frase por temor a que lo escucharan.

— Sí hijo, él dejó todo por ella y por el gran amor que se profesaban —. El Rey respiró profundo—. nunca entendí ese amor, ya que por mi parte la corona era todo, era mi gran amor, es mi gran amor.

— Entonces quiere decir que al igual que mi padre voy a...

— Usted mi querido sobrino encontró el amor.

— Sí tío lo encontré y ahora estoy inexplicablemente lleno de alegría.

— Qué bueno... ¿y el padre de la dama cual título sustenta?

El Duque retrocedió un poco al pensar en la condición de Annabel.

— Su Padre es Conde... pero su madre...

— ¿No me diga que es una esclava?

— No...No... Ella no sabe, pero su padre no tiene esclavos en su

propiedad, y la madre dejó abandonada la pequeña enfrente de la mansión de su padre. Por lo que sé, él Conde la declaró a nombre de él y su esposa.

— Entonces son muchas las posibilidades —, dijo el Rey —. Existe la posibilidad que sea hija de una dama casada, o de una dama soltera en esa época, o una viuda.

— Tiene razón su majestad.

— Por la procedencia de la madre... no tiene que preocuparse mucho, ya que la dama está legítimamente declarada...a menos.

— ¿A menos que?

— A menos que fuera una esclava, o una condenada, eso no es permitido, que un descendiente tan directo como usted de la corona, se comprometa con una dama en esas condiciones en maridaje.

A James se le enfrió el corazón, y rogó a Dios en sus pensamientos, que la madre de Annabel no estuviera en ninguna de esas clasificaciones.

— Sería prudente de mi parte buscar ya mi a Annabel.

— ¿Así se llama la afortunada?

— Sí, Lady Annabel Scott de Wellingtone.

— Es un apellido conocido, pero no recuerdo bien.

— Su padre es el Conde de Wellingtone.

— Recuerdo más o menos, ¿es el Conde que vive cerca del castillo?

— Así es.

— Oh, Él es un gran caballero, no lo recuerdo mucho, pero me imagino que lo es...

— Jjajajaja —. Los dos sonrieron.

— Creo que es más prudente que espere a que la Reina alumbre, pues así los ojos de la nobleza, y del reino unido se quitará de vuestra persona, y se inclinaran al heredero.

— Si, así lo sugiere usted lo haré.

— Pero no está de más, que usted esté al pendiente de la dama, aunque sea de lejos...o de cerca, como así decida. Jjajajaja —. La sociedad está tan complicada que dejar la corona por una dama y que venga un don nadie y nos la arrebate, esta fuerte.

James abrió los ojos y el rey sonrió a carcajada.

— Jjajajaja. ¿Qué piensa hacer?

— Su cumpleaños será el 23 de diciembre, al final de la semana.

— Entonces sobrino tendrá que viajar cuanto antes a Wellington.

— Pero el Parlamento.

— Ohhhh el Parlamento... ¿Cuándo es la última audiencia?

— El viernes 20 de diciembre, este próximo viernes.

—Eso quiere decir que no tienes tiempo para llegar... Pero puedes enviar un obsequio... Puede ser de un admirador secreto... a las damas le gustan cosas así...

El rey se puso de pie y expresó:

— Debo ir a ver a la Reina, en su estado, sea puesto muy sensible...y más exigente que de costumbre —. El Rey se puso en pie, al igual que James —. Será mejor que vaya a sus habitaciones y descansas, usted conoce mejor que nadie el Palacio, sus recámaras siempre están preparadas.

— Así lo haré.

—Su vida sea tornado interesante... Jajaja —, y El Rey salía del gran salón —. Le veo esta noche para cenar.

James caminó por el gran salón y le salió a su encuentro un sirviente real.

— ¿Le acompañó su excelencia?

— Que tal, Oliver.

El anciano se sintió complacido de que el Duque se acordara de su nombre.

— Sus aposentos están preparados su excelencia.

Al entrar en sus aposentos, se puso a meditar en su padre, y todo lo que había dejado por el amor de su madre, él nunca había pensado que su padre hubiese tomado esa decisión, pues siempre le inculcó que el reino venía primero, fue educado con tanta rigurosidad, que se le privó de tener emociones, hasta que conoció el dolor, cuando su madre falleció y luego al partir su padre... Ahora entendía porque su padre no soportó la soledad, a la falta de su esposa, su amor era tan fuerte que traspasaba la muerte.

Así se sentía él, un amor que no tenía límites, un amor que le había cambiado su destino y su futuro... Y expresó en voz alta:

—Gracias Dios por escuchar mis ruegos...Gracias... Permite que la Reina tenga un hermoso heredero, y que mi tío encuentre la felicidad en su trono.

Rozan a la puerta y unos sirvientes le prepararon su baño, otro colocaban su ropa en un diván, y otro lustraba sus zapatos, él por su parte, se sentía libre de aquella vida tan agobiada por persona a su alrededor, ahora sería diferente, podría tener su familia y ser feliz en el mismo lugar donde su padres lo fueron.

— Su baño está listo su excelencia —. El Duque asintió con la cabeza.

**

Una hora más tarde, descendió para encontrarse con su tío el Rey.

En el amplio salón estaba la Reina, James entró e hizo una reverencia, saludó primero a la dama y luego a su tío.

— Es una alegría que esté con nosotros Lord James Rothersay —.

Expresó la Reina

— La alegría es mía su alteza.

— Ya le informé a mi sobrino que tendré un sucesor —. Dijo el Rey muy orgulloso.

— Dentro de dos o tres meses más o menos, pues está creciendo con demasía...

— Eso quiere decir que —. El Duque se quedó callado de pronto, al saber que la Reina ya poseía un tiempo fertilizada.

— Si ya tengo siete u ocho meses.

— Que noticia más halagadora.

Entonces el Rey sonrió a carcajadas...Jjajajaja.

— Eso quiere decir mi querido James que su espera será menos.

— ¿Su espera?...

— Es cosas de caballeros, querida...

— Perdón, mi Rey —. Dijo la dama avergonzada.

— No hay porque mi Reyna —. James espera que a ese tiempo tenga él su milagro.

La Reina observó a Lord James Rothersay, Pero no puso atención a su esposo, pues en ese instante se sintió con un dolor en el vientre y muy cansada...

— Será mejor que me marche a descansar —. Dijo la Reina caminando despacio —. Lord James Rothersay que gusto verle una vez más.

Los dos caballeros se levantaron de la mesa, Lord James Rothersay hizo una reverencia a la Reina y ella se marchó con la ayuda de sus doncellas.

— La Reina no se ve bien.

— Lo importante es que mi primogénito este sano y fuerte.

Lord James Rothersay miró al Rey y no dijo nada, y caviló para sí, que La Reina debió tener no más de veinticuatro años, y su tío el Rey tendría casi su sesenta, seguro que a él sólo le importaba su heredero, pobre dama.

El Rey observó a su sobrino como si supiera lo que pensaba y le expresó:

— La vida es lo que usted decida forjar, o mejor dicho lo que le enseñaron que harías, a la Reina la enseñaron a que fuera esposa de un Rey sin emociones, de igual manera, me enseñaron a mí, a su padre y también a usted, para que fuésemos Reyes sin intereses más que la corona, sin inquietudes más que la del reino, sin pación más que la justicia —. Hizo una pausa —. Pero muchas veces la providencia divina intercede y nos cambia ese destino.

Tomó la copa en sus manos y expresó:

— Brindo por nuestra vida, mi querido sobrino y su futuro.

Los dos alzaron la copa y brindaron.

— Espero que encuentres vuestra alegría tío.

— Mi alegría es y ha sido la corona, nací para ser Rey, espero que mi hijo, bueno, o si es hija, nazca con la misma pasión, aunque he conocido otras —. Y le dio una sonrisa a su sobrino —. Jajaja.

Al finalizar de cenar, los dos pasaron al salón de los cantores, donde una soprano cantaba mientras otro tocaba el piano, El Rey invitó a su sobrino a sentarse a su lado y los dos disfrutaron de la velada.

El Duque compartió la felicidad de su tío, y estuvo con ellos unos días.

El Duque partió hacia el Palacio de Westminster, también conocido como "The Parlamento (El Parlamento). Que es el lugar en el que se reúnen las dos cámaras del Parlamento del Reino Unido. Para así asistir a la última reunión del año.

Capítulo VI

El viernes antes de la fiesta del cumpleaños de Lady Annabel Scott, comenzaron a llegar los invitados de la celebración, entre ellos Sir. Erick, la señora Caterina y la señorita Nicol. También Sir. Morgan y su esposa, Lord Hamilton y su hija Lady Emily Hamilton. Los demás serían nobles de la región, aunque Annabel sabía que sólo los más íntimos de su padre concurrirían.

Esa noche después de cenar, todos se reunieron en el salón principal, los caballeros se retiraron a otro salón y las damas se quedaron en la estancia trascendental.

Cuando la señora Caterina de pronto vio la sortija que llevaba la señora Lyna, en su dedo anular de su mano izquierda, y le preguntó con todo descaro:

— Señora Lyna ¿está usted comprometida?

— Sí, señora Caterina —, y se encogió de hombros, tomando la posición de Annabel, cuando se sentía cohibida.

— ¿Y quién es el afortunado?

—Es... Es El Conde Bruce de Wellingtone.

Todas las damas en la habitación aplaudieron y felicitaron a la señora Lyna, mientras, la señora Caterina se retorció de dolor, sin poder reflejarlo.

Expresó la Señora Grace, una dama amiga de la familia de Annabel:

— Entonces Annabel tendrá pronto madrastra.

—Sí, señora Grace, y estoy muy complacida de la elección de mi padre.

— Él es un caballero muy sensato y eligió muy bien —. Apuntó la señora Marcy que estaba observando a la señora Caterina, preparando una de las de ella, pero al oír las palabras de la señora Marcy se mordió el labio.

Y entonces dijo:

— Y usted Annabel ¿tiene ya él elegido?

Annabel la miró y con mirada desafiante le explicó:

—Es posible señora Caterina.

Las demás damas se miraron entre sí, incómoda por las preguntas de la señora Caterina.

Entonces la señora Marcy le preguntó en el mismo tono:

—¿Y usted, ya tiene su elegido?

La señora Caterina miró a la anciana con los ojos desorbitados, pues no esperaba esa pregunta, así que con la voz un poco dolida por la reciente noticia comentó:

—En estos momentos estoy más interesada en enlazar a mis hijos y llorar la falta de mi difunto esposo.

Las damas se miraron unas a otras y Nicol su hija dejó escapar un leve murmullo.

Por fin los caballeros llegaron y se reunieron con las damas.

Nicol se aproximó a Annabel y le expresó:

— Quisiera tener tiempo para hablarle de algo que ocurre, pero mi madre no me ha dejado estar con usted a solas.

— Entonces, cuando todos se duerman usted pase a mi habitación y ahí conversamos.

— De acuerdo.

Se le acercaba Sir. Erick a Annabel y le comentó:

— Está usted cada día más hermosa mi Lady.

—Gracias Sir. Erick.

— Sus ojos reflejan una luz diferente.

Lady Annabel se quedó callada y él continuó:

— Espero que mañana me reserve la mayoría de los bailes.

— No soy muy buena bailando Sir. Erick.

— En ese caso, la raptaré y la llevaré a un lugar donde nosotros podamos estar sólo.

— No creo que eso sea adecuado, una dama no puede estar a solas con un caballero.

— Hay circunstancia que lo ameriten mi Lady —. Cuando dijo la última palabra se aproximó más a ella.

Annabel se contuvo en decirle varias cosas, así que se puso de pie y comentó:

—Con su venia Sir. Erick necesito hablar con Lady Emely Hamilton.

Muy cortésmente se fue del lado del caballero y se aproximó a la hija de Lord Hamilton.

Una dama extremadamente tímida, con una hermosura oculta en un vestido gris, y en un peinado que parecía de una anciana.

— Lady Emely, que alegría que estén de visita, su padre y usted.

— También estoy muy contenta amiga, ya que es la primera vez que mi padre me permite asistir a una fiesta.

— Me imagino que es porque se trata de su gran amigo.

— Sí, mi padre profesa un gran afecto a vuestro padre, él lo considera como un hermano.

— Así es, espero que nosotras podamos continuar con ésta amistad, hasta que estemos ancianas.

— No se avergonzaría de ser mi amiga al frente de muchas personas de la sociedad.

—Claro que no Emily, en estos días que pasaremos juntas, compartiremos más.

— Gracias, sabe Annabel usted es la única amiga que tengo, sin contar mi nana Virtudes.

— Pues desde hace mucho que somos amigas, es tiempo de que tenga a más amigos.

— Gracias Annabel... Gracias —. A la dama se le llenó los ojos de lágrimas.

—No llores Emely, si llora se le pondrá la cara como un guineo.

La dama sonrió:

— Jjajajaja. Eso me decía mi madre.

—Ahora le presentaré a mi amiga Nicol y su familia...venga conmigo —. Tomó a la joven por la mano y se aproximaron a Nicol, a Sir. Erick, y su madre.

—Nicol, Sir. Erick, señora Caterina, le presento a Lady Emely Hamilton... Hija del Marqués de Hamilton.

—Oh, un Márquez —. Dijo la señora Catarina.

—Sí, señora Catalina, Emely es la única sucesora y heredera de todas las propiedades del Marqués.

Los tres hicieron una reverencia y la madre miró a su hijo. Él tomó la mano de la dama y la besó, Annabel sonrió y pensó para sí, que la atención de Sir. Erick le daría más vida a Lady Emely Hamilton, ya que su amiga se la pasó toda la noche mirando al caballero de lejos.

Lady Emely sonrió complacida y roja como una manzana, al ver como el caballero deposita un beso en sus manos y dijo turbada:

—Es un honor conocerlos.

Lady Anabel aprovechó el momento para decir:

—Bueno, será mejor que me retire, mañana será un día intenso, así que buenas noches.

— Esta anciana también se retiró —, indicó la señora Marcy.

Lady Annabel se despidió de los demás invitados y subió acompañada de la señora Marcy a su recámara.

La anciana comentó:

— Ha sido una noche muy intensa con las preguntas de la señora Caterina.

— Sí, así ha sido, gracias por salir a nuestra ayuda.

— Las canas no salen en balde mi niña, hay cosas que sabemos antes que pasen, y hay otras que aunque las sepamos no es bueno comentarlas.

Annabel permaneció pensando en aquellas palabras por un tiempo en su mente, la anciana ayudó a costar a la joven y luego salió a pasos lentos.

Annabel se quedó pensando en su Duque, en que al día siguiente podría abrir su obsequio, si fuera un anillo, si fuera... El más grande regalo que él pudiera hacerle era aparecerse en la fiesta, las lágrimas comenzaron aflorar en sus ojos, cuando tocaron a la puerta y esta se abrió, era Nicol.

— ¿Estás despierta?

— Sí, entra.

— Esperé que mi madre se acostara y gracias a Dios que se marchó temprano.

— De que se trata Nicol... ¿Qué es lo que tanto te aqueja?

— Amiga, quisiera tenerle cerca pero no al precio que mi madre quiere.

— No se preocupes amiga.

— Es que usted no entiende, mi madre quiere que Erick, mi hermano, pida su mano en maridaje mañana.

Annabel sonrió.

— ¿No estás preocupada, Annabel?

— En realidad no, mi padre no lo permitiría.

— Si mi padre estuviera vivo —, suspiró —. Las cosas fueran diferente, mi madre sea empeñado en cazar un título, quiere que nos enlacemos con un

Conde, Marqués, o Duque, el último lo veo imposible, pues en Escocia e Inglaterra hay diez Duques y todos están enlazados con exención del más joven y guapo y está destinado a ser Rey, y seguro que le tendrán una esposa, doce Condes, y los que están solteros son viejos, y lo que no, no se fijarían en mí, Los Márquez ni decir...

La dama no vio cómo se puso Annabel al mencionarle lo del Duque.

— ¿Estas bien?

— Si, al parecer que está usted muy bien informada.

— Si le contara, mi madre tiene una lista escrita en la biblioteca.

Las dos sonrieron... Jjajajaja, y se taparon la boca al darse cuenta que las podían escuchar.

— Será mejor que me retire, tiene que descansar, mañana será un día fuerte para usted.

— Nicol... Gracias... Hablaré con mi padre a ver si convence a la señora Caterina que la deje unos días con nosotros.

— Sí, pero con la condición de que sea sola por favor...

— Jjajajaja

— Buenas noches.

— Buenas noches, Nicol.

Annabel se quedó pensando en la desdichas de aquellas dos damas, las dos con un futuro incierto, Emely sin un pretendiente que la quiera por lo que ella es... y Nicol sufriendo la angustia de que su madre busque un anciano decrepito para ella, sólo por un título. Gracias Dios por mi Padre.... y por mi Duque, aunque nunca podamos estar juntos, conocí un amor inesperado y verdadero.

Con ese pensar se acurrucó en la cama y se durmió.

A la mañana siguiente en el comedor, cuando Annabel descendió, le cantaron por su cumpleaños, y todos le felicitaron, cuando se disponían a ir a la sala de estar, apareció el señor Duban:

— Mi Lady unos lacayos preguntan por usted.

Inmediatamente ella caminó hacia donde estaban, y divisó a un enorme arreglo de flores, tomado a cada lado por unos lacayos, muy bien vestidos.

— ¿Lady Annabel Scott?

— Sí

— Estas flores son para usted mi Lady, dónde la colocamos.

Annabel miró lo grande del arreglo, y dijo una voz detrás de ella:

— En el salón principal hay una mesa mi Lady.

— Por aquí por favor.

Y los condujo al salón principal, donde estaban las damas, ellas al ver aquel enorme arreglo de flores se asombraron, los lacayos colocaron el arreglo en la mesa.

La señora Caterina sin ningún decoro o prudencia preguntó:

— ¿Quién envía tan exuberante obsequio?

Uno de los lacayos respondió:

— No sabemos mi Lady, es un regalo anónimo —. Y miró en dirección a Annabel.

— Con su permiso mi Lady.

El señor Duban llevó a los lacayos a descansar y estos le dijeron:

— Dispense mi Lord. Debemos volver a nuestras obligaciones.

Se montaron en el carruaje y se marcharon.

Las damas y los demás invitados se quedaron sorprendidos con las flores, pero no dijeron nada con excepción de la señora Caterina.

— Annabel parece un regalo de un Rey.

Annabel se encogió de hombros y su padre vino en su ayuda.

— Sí, es de un Rey, ya que mi hija es mi princesa y se merece un príncipe o un Rey, todas estas hermosas damas solteras se deberían enlazar con cualquier caballero que ella elija y las traten como si fuesen Reinas.

Entonces Nicol expresó, para aliviar la tensión.

— Están hermosas las flores, miren hay flores originales de Escocia e incluso está el Cardo.

Las damas se arrimaron a contemplar la hermosa flor nacional de Escocia. Los caballeros caminaron en dirección a la biblioteca, la señora Caterina se desapareció en todo el día, dejando así compartir a Nicol, Emely y Annabel.

— Sería la mujer más feliz, si sólo me regalaran una flor —. Dijo Emely.

— Sería feliz si encontrara quien me amara —. Indicó Nicol.

— Y solo fuera feliz con saber quien me envió las flores.

Las dos jóvenes miraron a Annabel incrédula y Nicol preguntó:

— ¿Usted no sabe quién se las envió?

— Si les dijera que sí, estaría mintiendo...Pero muy dentro de mí...

— ¿Qué? Di lo —, Dijo Nicol.

—No, es imposible...

— No deseo ser indiscreta como mi madre... pero usted nos tiene en suspenso.

— No me hagan caso, en realidad no lo sé.

Lady Emely y Nicol se echaron un vistazo, no preguntaron más, sólo soñaron con que algún día, un caballero les obsequiara una rosa.

**

Más tarde, Annabel se marchó a su recámara, y vio el regalo que el Duque le había entregado aquella noche en Londres, entonces, puso sus manos

en su boca y pensó que el mejor regalo que él le dio aquella noche, fueron sus besos, cerró los ojos y volvió a oler su aroma, volvió a sentir sus manos, volvía escucha su voz...Quiero detener el tiempo... Ella también habría querido detenerlo o pararlo para siempre, el tiempo y quedarse en sus brazos.

Abrió los ojos y vio la caja de terciopelo verde, caminó lentamente hacia ella, la tomó entre sus manos y comenzó abrirla, cuando abrió la tapa, escuchó una melodía, entonces la recordó, fue la que el Duque tocó cuando ella se marchaba de su castillo, aquella melodía triste, cuando no se puede llorar la pérdida de un ser amado y mejor se le canta.....Las lágrimas corrían por su mejillas, vislumbró adentro de la caja una cadenita con un corazón, que tenía grabado. “Discreto Amor”

La tomó entre sus manos y se la puso es su cuello, luego se sentó en el diván a mirar el fuego de la chimenea y se quedó dormida.

Cuando despertó, divisó a su doncella entrar y le señaló:

— Mery quiero que le diga a Lady Emely Hamilton, que si le es posible venir a mi recámara.

— Si mi Lady, enseguida.

La doncella salió y al momento entró con Lady Emely Hamilton.

— ¿Necesita algo Annabel?

— Quiero que estés más hermosa esta noche amiga, quiero que se pruebe un vestido de estos.

— Oh, no, desde luego que no, no puedo usar sus vestidos nuevos, eso no es apropiado.

— Si que lo es, se lo estoy pidiendo, es mi cumpleaños y usted es mi amiga y quiero que se vea hermosa.

— Pero...

— No hay peros deseo que Sir. Erick la vea diferente.

— Pero él es muy guapo para mí.

— No hay obstáculos, sé que usted puede hacerlo feliz, además, he visto como la mira, vamos póngase el vestido verde oscuro, hace juego con sus ojos.

La dama tímidamente se lo probó y Annabel junto con su doncella se lo arreglaron para que le ajustara más el corpiño.

—Mira Emely estas preciosa, y ahora Mary le hará un hermoso peinado.

—No crees que con el vestido, es suficiente Annabel.

—Claro que no, vaya con Mary ella la acicalará.

Lady Emely se marchó a su habitación acompañada de la doncella, Annabel le dijo que la esperara para que bajaran junta, pues sabía lo tímida que era la dama.

**

Cuando Annabel estaba lista para descender envió a buscar a su amiga, ella estaba radiante con el vestido, el peinado y las joyas, parecía otra.

— ¡Esta hermosa Annabel!

— Usted también Amiga ¿Bajamos?

— Sí.

Las dos jóvenes descendieron.

Las dos damas entraron al salón de fiesta, todos los presentes se quedaron asombrados con la belleza de las jóvenes, el más fascinado fue Sir. Erick que se aproximó a Lady Emely Hamilton y la escoltó hasta el centro.

Annabel saludó a todos los presentes, y para su sorpresa, muchos por no decir todos los nobles de sus alrededores concurren a la fiesta.

Su padre la escoltaba orgulloso.

Todos los presentes la felicitaban, ella miró a la señorita Nicol, ella le sonrió.

Su padre le expresó, cuando iban hacia el comedor, seguidos por los invitados:

— Creo que le complacerá saber hija, que la señora Caterina y sus hijos, estarán un tiempo visitando a Lord Hames Hamilton, la mala noticias es que Sir. Erick también se quedará.

Los dos sonrieron en complicidad.

— No creo que a Lady Emely Hamilton le desagrade la idea.

Los dos volvieron a sonreír.

Posteriormente de terminada la cena, todos los caballeros se marcharon al salón continuo y las damas en otra.

Para sorpresa de todos, la señora Caterina estaba callada, y sentada en un diván.

La Señora Marcy se aproximó a Annabel y le indicó:

— Está usted hermosa mi Lady, parece toda una... dama.

— Gracias Señora Marcy, parte de mi belleza se la debo a usted, quien me ayudó a elegir estos hermosos vestidos.

— Hablando de eso, el verde, le queda estupendo a Lady Emely Hamilton.

Annabel le levanto el dedo pulgar en señal de victoria, pero no dijo nada, pues la señora Lina se acercaba.

— ¡Qué bonita estás!

— Eso señora le decía, parece una dama —. Dijo la anciana señora Marcy.

— Si una dama, una Princesa, como dijo su padre esta mañana, una Reina, Mi Reina también.

La señora Lina estaba resplandeciente, así que Annabel le indicó:

— Está usted muy contenta señora Lina. ¿Hay alguna noticia que desea compartir con nosotras?...

— No quería arruinar su fiesta, pero esta tarde antes que los invitados llegaran, vi al Conde en el balcón del frente, mirando sin mirar, con la mirada perdida, tuve el atrevimiento de acercarme a él y le inquirí:

— ¿Está usted bien Mi Lord?

— Si aproxímese señora Lyna... Quería manifestarle... ya que usted es viuda... y su familia está en Londres, quería saber si... Bueno si —. El Conde se inclinó, colocó una rodilla en el suelo y me pidió que me enlazara con él a final de mes.....bueno en unos días.

— Sí... y que le contesto.

— Que sí, sí. Oh Annabel, señora Marcy soy la mujer más feliz del mundo.

— Estoy feliz por usted y por mi padre —. Annabel deseaba brincar de la alegría.

— El que haya esposo haya el bien querida, felicidades señora Lyna —. Expresó la señora Marcy feliz.

Escucharon pasos y eran los caballeros acercándose.

Lord Bruce se acercó y tomó de las manos a la señora Lyna, Annabel lo siguió acompañada de la señora Marcy, caminaron al salón de baile, cuando la música comenzó Lord Bruce sacó a su hija a bailar el primer baile.

Al finalizar todos los demás sacaron sus parejas y bailaron, Annabel se dio cuenta que Sir. Erick no se despegaba ni un momento de Lady Emely y que la señora Caterina se divertía en grande con Lord Hamilton. También miró a la señorita Nicol y esta se estaba divirtiendo con unas damas en un lado del amplio salón, después de varios bailes, Annabel se sintió exhausta y caminó en dirección a la biblioteca, cuando pasó por el salón de estar miró el enorme

arreglo de flores situado en la mesa y se dijo:

— Si tan sólo fueran enviadas por él, tendría una esperanza en mi corazón, pero... Enjugó sus lágrimas y caminó a la biblioteca.

Entró a la biblioteca y cerró la puerta detrás de ella, para así tener un poco de paz, cuando entró olió la loción de él y pensó que era cosa de su imaginación, caminó sin ver pues las lágrimas le empañan la visión, cuando de pronto chocó con un cuerpo y sin pensar indicó:

— Sir. Erick por favor déjeme —, levantó la vista y era.

¡Él!

Él se quedó helado, como si le habrían echado un balde de agua fría, y se recordó de lo que su tío le había dicho, y se le tensaron todos los músculos.

Ella lo abrazó, pero él se quedó inmóvil, era tanta la rabia que sentía al escuchar de los labios de ella el nombre de otro.

Ella lo abrazaba y le decía:

—Mi amor... amor mío, estás aquí, viniste, Viniste...

Él al escuchar sus palabras se relajó un poco y la abrazó, la ciñó hacia él y buscó sus labios, le rozó los labios con los suyos, suave, tiernamente, al contacto de su piel toda la rabia se desaparecía y se asomaba el deseo de estar a su lado, de borrar el pasado y detener el futuro, la rodeó con sus brazos y la aferró a él, como si nunca se quisiera despegar. Esperó a que ella suspirara, que se le relajara su cuerpo, apretándose más al de él. Deslizó la boca sobre la de ella, con una ligera fricción, para sentir la textura de sus labios, para sentir el calor de su cuerpo. Luego de un rato los dos necesitaban respirar y se despegaron jadeando, ellos se miraron como si fuera un espejismo, se atrajeron una vez más. Él tomó sus labios al principio tierno, luego se volvieron más intensos, luego más profundo, él se despegó del evitando hacer

una imprudencia, entonces, la miró y le expresó:

— Feliz cumpleaños, Mi Discreto Amor.

— ¿Discreto?

— Sí, usted llegó a mi vida como un viento de otoño y se hizo dueña de mi corazón.

— Y usted mi Duque es el mejor regalo que jamás he recibido.

— Ohhhh... ¿De verdad?

— Sí, con excepción de una cajita de música, unas flores, y unos besos...

— ¿Cómo estos?

Descendió el rostro y volvió a besarla... Cuando de pronto alguien tocó a la puerta.

Era el señor Duban que le decía:

— Mi Lady su padre está buscándola.

— Ve con él, la esperaré aquí...

— No quiero, quiero quedarme aquí, oh ven conmigo.

— Sabes que no pudo, me quedaré con Duban... ve.

— Duban me lo cuida y no lo dejes ir.

— Sí, mi Lady...

Ella encontró a su padre en el pasillo y él, la escoltó al salón de baile:

— Se perdió princesa, sé que no estas acostumbrada a mucha gente, pero es su fiesta, tienes que ser buena anfitriona con sus invitados.

— Sí, padre...

Ella pasó el resto de la noche bailando sin querer bailar, hablando sin entender, sonriendo sin saber el porqué, sólo quería que todos desaparecieran y se fueran a sus residencia.

Cuando el último invitado se marchó, ella estaba desecha. Se despidió de los demás que se hospedaban en la mansión y se marchó a la biblioteca,

cuando llegaba escuchó voces, y supuso que era su padre hablando con su amigo.

Cuando de pronto le salió Duban:

— Mi Lady su padre iba camino a la biblioteca y no sabía qué hacer, al estar todas las recámaras llenas lleve al caballero a mi habitación.

— Gracias Duban —, Annabel se empinó y dio al anciano un beso.

Los dos descendieron por la escalera angosta detrás de la mansión, caminaron por el pequeño pasillo donde estaba la habitación de Duban, cuando entraron, encontraron al Duque durmiendo en la cama plácidamente.

— ¿Y ahora qué hacemos Duban?

— Nada mi Lady... dejemos que duerma, parece que estaba muy cansado, me comentó que viajó sin parar desde Londres.

— Sí, debe estar agotado, ¿Y usted dónde dormirá?

— Hace mucho que no duermo aquí Mi Lady, su padre me asignó una habitación en el ala de caballeros en las recámaras de huéspedes, pero no quería llevarlo allá, pues hoy hay muchos visitantes, y como él me explicó que no podía ser visto por nadie... especulé que este sería el mejor lugar.

— Gracias Duban... Eres mi... Amparo.

— De nada mi Lady, por su felicidad haría todo.

Lady Annabel y Duban salieron calladitos de la habitación, pero antes de marcharse, ella tomó unas mantas y arropó al Duque, y por un instante dio gracias a Dios por escucharla y cumplirle el anhelo de su corazón, contempló a su amado que se quedó dormido como un niño.

Cuando ella subía por las escaleras su padre le expresó:

— Annabel, me puedes dar unos minutos.

Ella se paralizó pensando que su padre había visto al Duque.

— Sí, Padre.

— No quería que se durmieras, sin antes decirte que está radiante, por no decir exuberante, eres la dama más hermosa de todo el Reino Unido.

Capítulo VII

Lady Annabel no podía dormir, recapacitando en que su Duque estaba en su residencia, con ella en el mismo techo, en ese momento estaba dispuesta a esperar por él, hasta que estuviera viejecita, si fuera necesario.

En su día más feliz, él hizo un esfuerzo sobrenatural y viajó a Westminster en menos de dos días.

Al amanecer se despertó sobre exaltada, pensando en que todo había sido un sueño, se levantó se puso su manto y caminó hacia la planta baja, donde estaba la habitación de Duban, entró sigilosamente y vio que ya no había nadie en la cama, levantó la luz y no vio rastros de él, entonces, retornó un poco desganada emprendió el regreso a su recámara, al entrar, distinguió una sombra cerca de la chimenea, él se irguió cuando la vio entrar.

Con voz ronca por el coraje le preguntó:

—¿Dónde estabas Annabel?

Ella inocente a los celos que él estaba experimentando, corrió hacia él y lo abrazó.

Él la apartó y le dijo:

—¿Dónde estabas, sola y sin compañía?

—Fui en su búsqueda, me desperté y pensé que soñaba.

Comenzó a solloza, al ver el Duque que las lágrimas comenzaron a manar, indicó:

— Ya no llores, estaba —. Limpió sus lágrimas con sus labios y la atrajo

con sus brazos, la oprimió a su pecho, bajó sus labios y le rozó con los suyos, tierno y dulce, hasta que ella los entreabrió.

Entonces la saboreo. Era dulce, cálida, al hacerse el beso más apasionado, él sintió como aquella fuerza de voluntad se alejaban de su ser, en aquel momento, su cordura le advirtió, que si no paraba luego sería demasiado tarde para arrepentirse.

Lentamente la separó de él y para poner distancia en forma de información, le señaló:

— Quería estar presente en su cumpleaños.

— Gracias, ha hecho un gran esfuerzo en viajar desde Londres en menos de dos días.

— Para ser más exactos en un día.

— ¡Qué!... Debes estar muy fatigado.

— En realidad, muerto, más tuve una hermosa recompensa.

— Y ahora qué harás.

— Esperaré para hablar con el Conde cuando todos los invitados se marchen.

— Sí, y qué le dirá, perdón, tiene que ser cosas de caballeros.

— Así es, mi Princesa — Dijo él sonriendo.

— Y luego...

— Luego ¿qué?

— Después que hable con mi padre.

— Todo depende de eso —, se quedó pensando —, es posible que me quede unos días en la mansión, si su padre me lo permite.

— Sería fantástico, este sería una bendición y estaría muy feliz.

— Solamente feliz.

— Sí ya que lo tendría próximo a mí y eso me hace inmensamente alegre.

— Alegre así —. Y sonrió.

El Duque la atrajo hacía él y con la luz del amanecer miró su rostro y le dijo en voz ronca:

— La haré feliz así —, y buscó sus labios, las manos de él tomaron vida, comenzaron a bajar por la espalda de ella y más debajo de la cintura, de pronto, él se irguió y frenó de besarla.

— Será mejor que me despida, no es propio que nos encontremos de esta forma, pero deseaba decirte que el señor Duban me ha preparado una recámara de huésped, en la sala este de los caballeros, la buscaré mañana Annabel.

Cuando se disponía a marchar se devolvió y depositó un beso tierno y le expresó:

— No me busque, lo haré cuando sea prudente, no quiero verla sola, merodeando por los pasillos.

— Sí, lo esperaré.

Después del desayuno los invitados estaban preparándose para partir a sus diferentes residencias: Sir. Erick con Emely, el Marqués con la señora Caterina y la señorita Nicol feliz, pues su madre habría encontrado otro entretenimiento.

— Hasta luego amiga —, le decía Lady Emely —, hasta luego.

El carruaje se perdía de su vista, Annabel entró inmediatamente, pues estaba haciendo mucho frío.

— Mi Lord hay un caballero esperándolo en su despacho.

El Conde miró a Duban, pues todos los invitados se habían marchado.

Lady Annabel comprendió que se trataba del Duque y se tensó.

El Conde no preguntó nada al anciano y caminó con dirección a su despacho, al entrar, encontró de pie al Duque.

— Su excelencia, que sorpresa verlo por estos lares.

— Conde es un placer volverlo a verlo.

— ¡Me honra con su visita!

— En realidad he sido un huésped silente en su fiesta.

— No me diga, eso me asombra.

— Seré franco y directo con usted, como caballero que soy.

— Así me gusta, siéntese...

— El asunto que me trae ha Cawthon es su hija Lady Annabel Scott .

— ¿Mi hija? —. Inquirió el Conde asombrado.

— Desde que... Conocí a Lady Annabel Scott ha surgido un interés...

especial hacia ella... pero como sabrán soy, bueno era el único descendiente directo a la corona, aunque por la providencia divina, mi tío, el Rey espera un heredero.

— Que noticia más agradable.

— Para mí ha sido un milagro del cielo, ya que puedo elegir con quien he de enlazarme, con esas palabras quiero decir que mis intenciones hacia su hija son correctas...

— Quiere decir que usted quiere... ¡Santo Dios!

— Sí Conde de Wellingtone, quiero desposarme con Lady Annabel Scott —. él vaciló un poco al decir —. Pero quiero saber de la procedencia de su madre.

— Ya entiendo, al ser usted un descendiente directo a la corona, no puede enlazarse ni con hija de esclava, o de condenada.

El Duque asintió.

— La madre de Annabel era una Duquesa, ella fue concebida antes se ella desposarse y en ese tiempo estaba viudo.

— Ya comprendo.

— Más he de comunicarle que mi hija me informó hace unos días atrás,

que no quería desposarse...

El Duque abrió los ojos.

— Amenos que no haya sido usted la causa de su decisión.

— Espero ser la causa de esa decisión, pues el esfuerzo que hice al viajar en un día desde Londres a Wellingtone, ha sido sin ningún resultado.

— ¿Que hizo que?... No pensé que mi pequeña tuviera tanto dotes de persuasión.

— Y usted no se imagina lo que este Duque estaría dispuesto hacer por ese poder.

— Ya tengo un ejemplo, un enorme arreglo —, los dos caballeros comenzaron a reír.

Los dos estaban sentados y tomando una taza de té, cuando el Duque expresó:

— Mi tío me sugirió que espere el nacimiento del futuro heredero, para anunciar mi compromiso.

— Una decisión muy sensata, pues así todos estarán pendiente al heredero, y todo el reino quitará los ojos de usted.

— Sí, esas mismas palabras fueron pronunciadas por mi tío.

— Y el Rey que le comentó.

— Cuento con su aprobación.

El Conde de Wellingtone sonrió, complacido por las palabras del Duque

— Me gustaría saber, para cuando la reina espera, es decir para saber el tiempo que debemos esperar para el compromiso formal.

— Es para dos o tres meses.

— ¿Qué quiere usted hacer su excelencia?

— Quiero cortejar a Lady Annabel Scott.

— Entonces, le doy mi consentimiento para que usted corteje a mi Annabel.

— Gracias —. Por primera vez en mucho tiempo, salió esas palabras de los labios del Duque y él la saboreó —. Cuento con su discreción en este asunto.

— Claro, palabra de caballero.

Y los dos se dieron la mano, tomaron una copa de vino y brindaron...

— Por vuestra felicidad.

— Por qué el tiempo pase pronto.

Y volvieron a sonreír.

**

Lady Annabel estaba impaciente en la sala de estar, esperando que su padre la llamara, pero esto no ocurrió, tampoco volvió a ver al Duque en todo el día.

Ella se marchó a su recámara, y no comentó nada de lo ocurrido la noche anterior a la señora Marcy.

Al descender a cenar, escuchó a su padre sonriendo a carcajadas, como nunca lo había escuchado, para su sorpresa, él estaba charlando con el Duque.

— Oh princesa, se recuerda del Duque de Rodhersay.

Lady Annabel se puso nerviosa cuando Lord James Rodhersay se aproximó e hizo una cortesía.

Ella también hizo una reverencia.

— Sí, padre...

— El Duque pasará unos días con nosotros.

Lady Annabel contempló al Duque como buscando explicación en los ojos de él, pero este lo único que hizo fue una mueca de sonrisa.

El Conde con el rostro iluminado, indicó:

— Ya que todos estamos reunidos y antes de pasar al comedor, la señora Lyna —. El Conde se aproximó a la dama y le tomó las manos —. Nosotros queremos informarles que el próximo fin de semana celebraremos nuestras nupcias.

Todos los felicitaron...

— Será algo muy discreto, a petición de la novia —. el Conde tomó una de las manos de su amada y le depositó un beso, luego expresó —. Les invito que pasemos al comedor.

En la mesa el Duque se levantó y expresó:

— Un brindis por los novios —. Y todos levantaron sus copas. Chis.

El Conde sonrió feliz y con entusiasmo comentó:

— Seré el caballero más afortunado al unir mi vida a una dama tan encantadora, como la señora Lyna.

A la señora Lyna no se le quitaba el color púrpura de sus mejillas.

Posteriormente de la cena, se dirigieron al gran salón, Lady Annabel esperaba el momento para hablar con el Duque, pero éste se mantenía hablando con su padre.

La señora Lyna se aproximó, a la señora Marcy que estaba sentada a poca distancia de Annabel y le comentó:

— No sabía que el Conde fuera amigo de su excelencia.

— Los caballeros son diferentes a nosotras, ellos sólo tienen que tener algo en común para familiarizarse.

— ¿Algo en común?

— Sí, en cambio nosotras debemos tener todo en común para acercarnos. Las damas sonrieron, pero Lady Annabel no sabía que tendrían ellos en común.

Así pasaron los días, Annabel y el Duque observándose de lejos, ella desconcertada por su alejamiento.

Llegó el día de la boda de su padre y la señora Lyna, esa mañana amaneció frío, y esa tarde estaba aún más.

La boda fue en la capilla del pueblo, sólo asistieron ellos y un caballero alto y fornido que llegó al final.

Lady Annabel y el Duque fueron los testigos, cuando se terminó la ceremonia, todos felicitaron a los novios, su padre se acercó al caballero con una sonrisa y todos los demás lo siguieron.

— Mi buen amigo —. Indicó su padre —. Que dulce sorpresa.

— No podía perderme este acontecimiento.

— Querida le presento al Conde de Burleg.

— Conde le presento a mi esposa. Lady Wellingtone. Al Duque de Rodhersay, a la señora Marcy, y mi mano derecha Duban... Y

— Y esta dama debe de ser la bella Lady Annabel Scott —. Expresó el recién llegado, sonriéndole a la joven.

Los dos hicieron una reverencia.

El Conde se volvió hacia Annabel.

Lady Annabel formó una reverencia y supo que aquel caballero debió ser su tío.

El caballero recién llegado, tomó a Lady Annabel por el codo y la escoltó detrás de los novios, el Duque no sabía quién era aquel caballero y los

siguió tomando del codo a la señora Marcy.

Llegaron a la mansión y todos se marcharon al comedor a disfrutar de una cena especial por motivo de las nupcias, el caballero tomó asiento al lado de Annabel, y el Duque vio como ellos conversaban, ella estaba interesada en la conversación que en ningún momento se giró a verlo.

Cuando terminó la cena todos se dispusieron a pasar al gran salón.

El Duque se paró en una esquina con el porte muy fornido al ver como Annabel continuaba conversando con aquel desconocido y aunque su expresión era serena por dentro lo consumía los celos.

En un tiempo prudente, los novios se retiraron y el caballero también se retiró.

Lady Annabel percibió que el Duque se había retirado momentos antes, sólo quedaron la señora Marcy y ella.

Las dos subieron las escaleras, la anciana le dio las buenas noches y Annabel entró en su recámara.

De pronto, unos fuertes brazos la asieron.

Era el Duque que la esperaba.

— James... Me asustaste. ¿Y Mary?

— Ella vendrá en un momento.

— Ohhhh —. La voz de él se escuchaba gruesa como si estuviera enojado.

— Ohhhh, James me hacías falta, ella caminó hacia él y él se apartó.

— ¿Quién era ese caballero que se pasó toda la tarde y noche hablando?

Lady Annabel entendió el porque él reaccionó de esa forma y decidió darle un poco de dolor, como el que ella había sentido en estos últimos días, sin su a cercanía.

— El caballero, un viejo amigo.

— Las damas no tienen amigos.

— Pues usted es mi amigo... ¿No es así James?

— No lo soy —. Y se mordió los labios.

— Tonto ese caballero es mi tío. El hermano de mi madre.

— ¿Su tío?

— Sí mi tío, hoy lo conocí y él me hablaba acerca de mi madre.

— ¿Por qué no me lo explicó?

— Porque quería verle sufrir, como me sentí todos estos días lejos de usted.

— Entonces no le haré sufrir más...

La atrajo hacia él y buscó sus labios, la abrazó con fuerza y la besó con furia...

— Me hacías mucha falta —. Expresó Annabel inocentemente.

— No más que usted a mi Reina.

El Duque volvió a besarla y cuando no podía controlar sus deseos, la abrazo más como deseando fundirse en ella.

—Que hare sin usted James —. Susurró ella en sus brazos.

—No sé amada mía... No sé...

Ella levantó el rostro para poder verlo, pero él era mucho más alto que ella.

— Será mejor que me marche, su doncella debe estar esperándola.

— Pero antes prométeme que me buscara, unque sea para hablar.

— Lo que sucede es que si le hablo, no puedo evitar hacer esto —, y la beso.

Ella soltó una sonrisita...

— Debo irme, buenas noches, mi amada.

— Buenas noches mi Rey.

— Duerma bien y sueña conmigo.

El Duque salió e inmediatamente entró Mary, esta no comentó nada y ayudó a Annabel a prepararse para la cama.

**

Esa noche, el Duque estaba impaciente por lo que estaba sintiendo, cuando veía que otro caballero se aproximaba a su amada Annabel eso lo sacaba de su zona de confort y deseaba con fuerzas apartar todo lo que le impedía estar a su lado, así que esa noche no podía dormir, salió hacia la biblioteca, cuando iba de camino se encontró con señor Duban:

— Buenas noches, excelencia.

— Buenas noches, Duban.

El anciano mayordomo observó la turbación del joven Duque y le preguntó:

— ¿Se encuentra bien su excelencia?

— Es que no consigo dormir Duban.

— En tal caso, permítame buscarle un poco de leche fría, eso le hará conciliar el sueño.

El Duque afirmó con la cabeza y el anciano salió, retornando al poco tiempo con una bandeja, mientras le servía un poco de leche al Duque, él preguntó de pronto:

— Señor Duban se ha sentido incómodo con una dama, por especular que otro le da su atención.

El mayordomo echo un vistazo de reojo al caballero, que se veía turbado y indicó:

— Eso excelencia se le llama celos.

— ¿Celos? —. Preguntó el Duque sorprendido por la palabra.

— Sí su excelencia, los celos son producidos por una actitud de sospecha permanente hacia el ser amado. Se le conoce como el vicio de la “posesión”

El Duque no dijo nada y Duban continuó:

— Podría definirlo como un estado emotivo ansioso que padece una persona y que se caracteriza por el miedo ante la posibilidad de perder lo que se posee o tiene.

El Duque miró al anciano y le preguntó:

— ¿A sentido celos Duban?

— Su excelencia no hay un ser humano libre de tal sentimiento, aunque déjeme decirle, que hay una pequeña línea que separa algo normal de un celo enfermizo.

— Lo que me está diciendo es que llega a un punto donde es malo sentir ese sentimiento.

— Sí su excelencia, hay que estar muy pendientes ya que este sentimiento se sale de control y no permite que la persona vea con claridad las cosas, y eso conlleva a malinterpretar algo sano y simple.

— Duban, eso es lo que me tiene con tal preocupación.

— Su excelencia si me permite le puedo dar una advertencia —. El Duque miró al anciano y asintió con la cabeza, este prosiguió al ver la disposición del caballero:

— Los celos cuando son fuera de lo normal, provienen de esa parte de nosotros que no se deja dominar por las cosas de Dios, muchos lo llaman la naturaleza caída, para aquellos que no han conocido a Jesús, esa parte domina por completo, y es quien toma las decisiones en nuestro ser.

— ¿Cómo así Duban?

— Su excelencia, todos los nacidos de una dama, heredamos una naturaleza pecaminosa dentro de nosotros, que siempre nos empujan hacer las cosas malas y que no agradan a Dios.

— ¿De quien heredamos esa naturaleza?

— La heredamos de nuestros primeros padres Adán y Eva, ellos desobedecieron a Dios y desde ese mismo instante se convirtieron en pecadores, y de ellos proviene esa parte oscura que arroja nuestro ser.

— ¿Duban cómo puedo deshacerme de esa parte?

— Su excelencia, esa parte no se puede sacar de nosotros, por eso es que todo los que somos nacidos de una dama debemos morir, para poder hacer esa separación, de la parte oscura, y si nos arrepentimos de nuestro pecados por la sangre de Jesús, esa parte se esconderá y no tomará control.

— ¿Qué debo hacer para arrepentirme?

— Según indica en el libro Sagrado dice “que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.” En el momento que creemos en Jesús esa parte se pone a un lado.

— Pero no nos dejará hasta que muramos —. El Duque lo dijo escuchando atentamente las palabras del anciano.

— Así es su excelencia, esa parte se esconde, pues al momento que confesamos nuestros pecados y somos hijos de Dios, Él nos envía un ayudador que viene a morar dentro de nosotros, es el Espíritu Santo, que nos ayuda a cambiar y si dejamos que Él tome el control de nuestras vidas, nuestras emociones y sentimientos serán sujetados en su control.

— Eso quiere decir Duban que si confieso con mi boca que Jesús es el Señor y que Dios lo levantó de los muerto seré salvo.

— Sí su excelencia.

— Tan simple, como eso.

— Es simple para aquellos que creen, pero para otros eso es locura.

— Entonces Duban que pasará cuando muera y esa parte oscura sea separada de mi ser.

— En aquel momento, cuando el ángel negro venga y se lleve su cuerpo y su alma, aparecerá su salvador y le dirá “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.” (1 Corintios 15:55-57) Jesús tiene la victoria su excelencia y ya la muerte no tiene más poder sobre usted.

— Y si creo en Jesús y él envía El Espíritu Santo, podre controlar esto que siento.

— Usted no su excelencia, El Espíritu Santo sí, Él tomará la rienda de su vida, si así usted se lo permite.

— Duban deseo confesar con mi boca a Jesús y hacerlo el señor de mi vida.

El anciano mayordomo sonrió al Duque y se postró y el Duque lo hizo a su lado y le apuntó:

— Diga esta plegaria, su excelencia —. El Duque asintió con la cabeza y repitió después de Duban —. Dios, sé que he pecado contra usted y sé que merezco castigo. Pero Jesucristo tomó el castigo que merecía, de manera que, a través de la fe en Él, soy perdonado. Me arrepiento y me aparto de mi pecado y pongo mi confianza en Usted para mí salvación, confieso con mi boca que Jesús es el Señor, y creo en mi corazón que usted oh Dios le levantó de los muertos. ¡Gracias por su maravillosa gracia y por su perdón, el don de la vida eterna! En nombre de Jesús, ¡Amén!”

El Duque se quedó un instante en esa posición, posteriormente de ponerse en pie, Duban le explicó:

— Recuerde su excelencia que al hacer esta plegaria o cualquier otra, no es suficiente para salvarle. Solamente el confiar y tener fe en Cristo, puede librarle del pecado y regalarle una vida eterna en el cielo. Esta plegaria es simplemente una manera de expresarle a Dios su fe en Él y agradecerle por proveer la salvación.

—Lo tendré pendiente, Duban.

— La victoria sobre el pecado no consiste en la confesión constante de nuestros faltas, sino en una entrega total a Dios, en especial de aquello que salen fuera de nuestro control.

— Desde hoy dejo en las manos de Dios los celos y el miedo perder a —. El Duque se quedó de pronto callado a darse cuenta que iba a decir el nombre de su amada, pero al ver el rostro de Duban iluminado por una sonrisa, simplemente sonreír también.

Esa noche en su recámara el Duque le entregó sus celos a Dios y la angustia del miedo a la separación de Annabel, y cuando terminó la plegaria, sintió paz en su corazón y durmió plácidamente.

**

Al día siguiente desayunaron todos, menos los recién casados.

El Duque conversó mucho con el tío de Annabel.

La señora Marcy se la pasaba durmiendo y le había dicho a Lady Annabel que quería partir a su residencia, Lady Annabel no había comentado nada al Duque, temiendo que él se fuera con ella, pero esa tarde el tío de ella se marchó hacia sus tierras.

Ulteriormente de cenar, el Duque se aproximó al Conde que estaba en un lado del salón de estar sentado, hablando con su hija y le señaló:

— Conde quería agradecerle por el tiempo que me ha permitido pasar en su compañía y la de su familia, y por el excelente trato recibido, pero mañana a primera hora, la señora Marcy y un servidor partiremos hacia Rodhersay.

Lady Annabel escuchó sus palabras y levantó la mirada a verlo, él también disimuló y la miró.

— Ha sido un placer contar con su compañía, espero que pronto nos vuelvan a visitar.

— No tenga la menor duda, las puertas del castillo de Rodhersay están abiertas para ustedes.

— Gracias, su excelencia, lo tendré pendiente.

— Ahora si me disculpan, nosotros nos retiramos —. El Conde tomó a su esposa y se desaparecieron.

Lady Annabel se quedó estática en el diván, al saber que él se marchaba, y no pudo evitar que se le saliera una lagrima, cuando lo vio aproximarse, trató de limpiarla, al sentarse a su lado, él le pasó su pañuelo.

— Es tiempo que me marche, como sabrá tengo muchos pendientes.

— No hace falta que se disculpe su excelencia —. Annabel lo dijo con rabia, con dolor por la decisión que él tomaba.

— No me disculpo Lady Annabel Scott, es sólo que ya es tiempo que me marche, si no lo hago ahora, será difícil hacerlo.

— Pues no lo haga, no se marche.

— Sabe que es imposible —, se formó un silencio —. Pero le prometo mi amada que un día, nadie me apartará de su lado.

— Cuando seamos viejecitos...

Él sonrió creyendo que ella bromeaba, pero ella lloró amargamente.
Sin poder contenerse la abrazó y le susurró:

— Le doy mi palabra que no será cuando estemos viejos...

Ella levantó el rostro lloroso y le sonrió, sabiendo que si se descontrolaba sería más difícil para él.

El Duque miró hacia la señora Marcy y la vio dormir... entonces él aproximó sus labios a Annabel y la besó, después ella se aferró a su pecho, como no queriendo que se marchara.

Cuando se separaron ella preguntó:

— ¿Cuándo le volveré a ver James?

— Cuando estés con deseos de verme, piensa que estaré haciendo todo lo posible para no separarme de usted.

— Le esperaré todo el tiempo que sea necesario.

— Esas no fueron las palabras que me dejó con Thomas en Londres, en aquella nota tan breve.

Es mejor que siga su destino, como también seguiré el mío.

Lady Annabel Scott de Wellingtone.

— Es que pensé que estaba haciendo lo correcto.

— Y he seguido su consejo, busqué mi destino, a un amor Discreto que creció dentro de mi corazón que me ha hecho luchar con todas mis fuerzas por hacerlo realidad, no lo olvides Annabel.

Deposito un tierno beso y se marchó.

Lady Annabel se quedó pensando en aquellas palabras....

**

Al día siguiente, el Duque y la señora Marcy se marcharon.

Enero había pasado y febrero estaba por la mitad, estaba haciendo un

frío atroz, la nieve no dejaba de caer, y Lady Annabel se la pasaba la mayor parte del tiempo, en sus aposentos, su padre estaba feliz con su esposa, y como todo recién enlazados, preferían estar solos.

Lady Annabel había recibido una correspondencia del Duque, diciéndole que viajaría a Londres y que a su regreso la iba a visitar.

Ella esperaba ansiosa la llegada de los carruajes, cuando llegaba alguien, ella corría para ver si era Él.

Ella le escribía todos los días una carta, que nunca le enviaba, como él le había dicho:

—Cuando se sientas triste, escíbame, le prometo que cuando estemos junto, las leeré.

—Y usted también escíbeme cuando desee verme, también la leeré cuando estemos juntos.

Escribirle la hacía sentir más reconfortada.

Los días continuaron pasando y ya cuando se acercaba un carruaje Annabel no corría, pues se le estaba yendo la esperanza, pero nunca se le fue la fe de que un día él vendría por ella.

Ya el frío se alejaba lentamente, la primavera había llegado, pues las cálidas temperaturas estaban sintiéndose y el canto de los pajaritos se escuchaban.

Una mañana unos carruajes se estacionó frente de la mansión.

Lady Annabel estaba leyendo en la biblioteca.

Un tiempo más tarde y escuchó a Duban decirle:

— Mi Lady su padre la espera en su despacho.

Lady Annabel caminó despreocupada y melancólica, ya que había transcurrido muchos sin saber de su amado, así que no deseaba hablar a su

padre de su estado de ánimo.

Al ingresar al despacho, su padre él expresó:

— Mi princesa Anabel la he enviado a buscar para informarle que no podré cumplir su promesa de dejarte soltera.

Lady Annabel abrió los ojos y exclamó:

—¡No padre!

—Annabel hija lo siento, acabo de dar su mano en maridaje.

Ella no esperó más y comenzaba a correr hacia la puerta, cuando unas fuertes manos la asieron por la cintura.

Ella respiró aquel aroma y supo de inmediato que era su Duque.

—¡Ohhhh, mi Duque, mi Duque! —. Lady Annabel levantó el rostro y se topó con la de él.

El Duque la miraba con amor, con pasión.

Su padre caminó hacia ella y le dio un beso en la frente, y se marchó dejándolo a los dos a solas.

El Duque de inmediato la atrajo hacia él, y James beso a Annabel con pasión y avidez.

Ella se aferraba a él con todas sus fuerzas.

Cuando la pasión aminoró, ella le rogó:

— Quiero que nunca más me dejes.

— Se lo prometo, nunca más la apartaré de mi lado Annabel —. La atrajo, la besó en lo que sus manos la recorrían por completo, ella se dejaba, pues ya no podía resistir más.

La prudencia llegó y con esfuerzo se despegó de ella y le comentó:

— Quiera Dios que su padre encuentre un capellán pronto, porque no pienso dejarle ni un minuto.

— Un capellán, eso quiere decir.

— Sí mi discreto amor, deseo lo antes posibles hacerla mi esposa ante

Dios y los hombre y de una vez anunciar al todos mi amor, ya que no pienso vivir un día más sin usted.

— Pero y sus responsabilidades.

— La Reina tuvo dos gemelos.

— ¡Reina con retoños! ¡Que milagro!

— Mi milagro es usted, mi amor Inadvertido.

Lady Annabel y el Duque al día siguiente se enlazaron, fueron a vivir en el castillo de Rodhersay, aunque siempre pasaban una temporada en el Palacio con el Rey y sus herederos.

El Conde de Wellington tuvo dos hijos más, con su amada Lyna.

La señora Marcy después de un tiempo, descansó en los brazos de su creador.

Lady Emely se enlazó con Sir. Erick y la señora Caterina con el Marqués, a ella no le fue muy bien, pues al Marqués no le gustaba gastar, ni tampoco las fiestas, pero ella tuvo lo que buscaba, un título.

La señorita Nicol se fue a vivir a américa lejos de su madre, y contrajo nupcias con un indígena de americano, y fue sumamente feliz.

Un día cuando Annabel estaba poniendo las pertenencias de su Duque en orden, encontró una caja y le preguntó:

— Amado ¿que son todas estas cartas?

Él sonrió, mirándola a ella tratando de agacharse para tomarla, pero su estado no se lo permitía.

— Mi querida traviesa, esas son las cartas que le escribía cuando la extrañaba.

— ¿Tantas?

— Sí, son muchas, pues la extrañaba demasiado, y ahora la extraño más.

— Pues comience a escribir, pues nos faltan dos meses para que él o ella llegue.

— Oh ellos.

—Jajajaja. Jajajja.jajaja.

Los Duques de Rodhersay tuvieron la bendición de traer al mundo a dos caballeritos gemelos y dos años después, a una princesita que le pusieron el nombre de Lady Ana Rodhersay en memoria a la madre de Annabel....

Fin